Dion Fortune

A través de las puertas de la muerte

1. EL GRAN ANESTESISTA.

La muerte es una experiencia universal. Nadie puede confiar en escapar. Se trata tan sólo de una cuestión de tiempo hasta que nos llega a cada uno de nosotros, y a cada uno de aquellos a quienes amamos. Sin embargo, a la muerte se le llama la Reina de los Terrores, y constituye la amenaza suprema de la ley para los malhechores. ¿Qué es lo que convierte un proceso natural en algo tan terrible? ¿Es el dolor de morir? No, ya que los sedantes podrían eliminarlo. Cuando llega el momento, la mayoría de los lechos de muerte son lugares apacibles, y son pocas las almas que expiran debatiéndose. ¿Qué es, entonces, lo que tememos de la muerte para que nos resulte un motivo de dolor y de miedo?

En primer lugar, nos asusta lo Desconocido.

Porque durante ese dormir de muerte ¿qué sueños pueden sobrevenirnos cuando nos hayamos liberado de este lastre mortal?

En segundo lugar, tememos la separación de aquellos a quienes amamos. Estas son las cosas que hacen que la muerte sea terrible. Qué diferente sería si nos dispusiéramos a traspasar el Umbral si nuestras mentes estuvieran tranquilas con respecto a estos dos puntos.

Es notorio que el gran don de los Misterios Griegos a sus iniciados fue el liberarles del miedo a la muerte. Se dice que ningún iniciado tiene jamás miedo a la muerte. ¿Qué es lo que se enseñaba en esos ritos secretos que despojaba a la muerte de sus terrores?

En el centro de la Gran Pirámide de Gizeh hay un ataúd de piedra vacío. Los egiptólogos nos dicen que se preparó para un Faraón que nunca llegó a ocuparlo. También se ha dicho que era una medida para el trigo. No era ninguna de estas cosas, sino el altar de la Cámara de Iniciación. En él yacía el candidato mientras se enviaba su alma al viaje de la muerte para luego reclamarla, y esto constituía el grado supremo de los Misterios.

Después de esa experiencia el iniciado nunca volvía a tener miedo a la muerte. Sabía lo que era.

El conocimiento custodiado en los Misterios es lo que me propongo revelar en estas páginas.

Para el hombre que posee este conocimiento, la muerte es como para un hombre rico embarcarse en un crucero. Es educado, sabe adonde va y accede al viaje consciente de su necesidad y de sus ventajas. Su conocimiento y sus recursos le permiten viajar con confort y seguridad. Puede mantenerse en contacto con sus amigos tanto como lo desee y regresar a ellos cuando quiera. Para él no hay una ruptura final y completa con su tierra natal.

Muy diferente es la situación con el pobre campesino emigrante. Ignorante e indefenso, para él el viaje es una empresa peligrosa y azarosa, y el país adonde llegue puede estar lleno de bestias salvajes o minado de fuegos volcánicos. Su imaginación ignorante se figura todos los terrores concebibles, asociándolos a lo Desconocido.

Los antiguos egipcios colocaban en cada ataúd el denominado Libro de los Muertos, el ritual de Osiris en el Mundo Subterráneo, donde había instrucciones para el alma sobre su viaje a través de los reinos de las sombras. Con mayor acierto podría llamarse el Libro de los Inmortales, ya que el alma se ha concebido para que recorra ciertos estadios de ese ciclo de la vida que tiene lugar en lo Invisible.

Bueno sería para nosotros si se nos enseñara desde nuestra más tierna infancia a pensar en nuestras vidas como en un bote que sube y baja, encaramado en la cresta de la ola. Ora descendiendo al mundo material a través de las puertas del nacimiento; ora

ascendiendo al mundo invisible por las puertas de la muerte, para regresar y retirarse de nuevo siguiendo el ritmo de la marea cíclica de la vida en evolución.
Ignorantes de los Misterios, nuestras vidas están limitadas por el horror del nacimiento y por el terror de la muerte. Qué gran regalo es el de esa sabiduría conservada que nos desvela el camino de la vida en evolución, que se extiende ante nuestros pies y hurta las sombras de lo Invisible.
Dejemos de pensar en la Muerte como en la Furia de tenazas horrendas, e imaginémosla como el Gran Anestesista que, por la misericordia de Dios, se encarga de sumirnos en un sueño profundo mientras afloja la cuerda de plata y se libera el alma.
Despertamos refrescados de ese sueño, dejando muy atrás los problemas de la tierra, como la memoria que conserva un niño del día anterior, y nos embarcamos en una fase nueva de nuestra existencia. Bueno sería para nosotros si nuestros amigos nos despidieran permitiendo que el alma fuera libremente a su destino. Malo sería en cambio si el dolor de quienes dejamos atrás esa mañana brillante que despunta. De la misma manera que pensamos que tenemos derecho a reclamar asistencia de nuestros parientes durante nuestras enfermedades, también deberíamos sentirnos con derecho a pedirles fortaleza en su pérdida.
Porque es su pérdida, no la nuestra. ¿Por quién sufrimos cuando nos lamentamos en un funeral? ¿Por los Muertos Inmortales, en su despertar brillante? ¿O por nosotros en nuestra soledad? Con toda seguridad sólo lloramos por nosotros, ya que los muertos se encuentran bien: se han ido al lugar que les corresponde y están en paz.
Los que quedan atrás son los que sufren y no los que les han precedido en Galilea. Y ¿qué tendríamos que decir sobre su sufrimiento? Que como todo dolor, debe sobrellevarse con entereza, y especialmente en este caso, ya que sus reverberaciones pueden afectar a otros además de a nosotros mismos, y convertirse en una piedra de molino colgada al cuello del alma que está intentando elevarse con las alas recias de la aspiración. Que sean pensamientos de amor, y no de dolor, los que acompañen al alma en su viaje, como las gaviotas siguen un barco. Deseémosle que vaya deprisa a Dios, y con alegría, tengamos esperanza en la reunión venidera.
Es mucho lo que podemos hacer por los que se han ido. Nuestro trabajo no termina cuando se saca el ataúd de casa, y recogemos la triste parafernalia de la enfermedad. Si saben más que nosotros acerca de la antigua Sabiduría, guardada y secreta, bien pudiera ser que volviesen para consolarnos y darnos buenos consejos. Pero si sabemos más que ellos, si el alma se ha ido confusa y atemorizada, como en el caso de un alma infantil, entonces nuestra obligación inexcusable sería acompañarle hacia lo Invisible tan lejos como alcanzase nuestro poder, hasta que sintiéramos la llegada de los Angeles (de los que se hablará más después), y entonces sabríamos que la persona amada quedaba bajo su custodia, y que todo estaba bien.
Y puede que venga a nosotros si lo pedimos ese Ángel que proporciona sueño a los seres queridos, ese sueño profundo y bien conocido que envuelve a los vigilantes de los muertos, y que no se parece a ningún otro sueño; y también de ese sueño nos despertaremos una mañana tranquila, ya que se nos ha permitido mirar por las puertas abiertas y ver que más allá del Umbral no hay ni miedo ni olvido, sino otro mundo, otra fase de la vida.
De este sueño que el Ángel de la Muerte da a los seres queridos surgen la tranquilidad y la seguridad; porque hemos visto, aunque no recordemos. Por tanto, cuando llegue la hora, pidamos al Gran Anestesista esta Gracia Menor: que nos alivie el primer desgarro de la separación y nos capacite mejor para soportar el peso de la vida y cumplir nuestra obligación para con aquellos seres queridos que quedan a nuestro cargo, que dependen de nosotros y que nos necesitan.

Y, por encima de todo, no olvidemos que en su momento los muertos regresarán, y no sabemos nunca cuándo veremos como desde los ojos de un niño pequeño nos contempla un alma que hemos conocido. Dediquemos, pues, ese amor que ya no tiene un cauce mundano para su expresión a la consecución de un mundo mejor para cuando regresen aquellos que amamos.
Por lo menos este servicio sí podemos hacérselo. Que ni una de nuestras lamentaciones amargue su viaje, y que en la medida de nuestras fuerzas limemos las asperezas de este mundo para facilitar su regreso.

2. CRUZANDO EL UMBRAL.

Cuando se ha agotado todo lo que la ciencia médica puede hacer, los que aguardan el final en la cámara mortuoria se sienten presos de una desbordante sensación de impotencia; desean ayudar, pero no pueden encontrar ninguna expresión práctica y oportuna. El consuelo de la religión puede reconfortar a aquellos para quien la vida espiritual es una realidad, pero para muchos no es más que una vaga esperanza, mientras que para otros una negación. ¿Tenemos algo que ofrecerles?
Sí, tenemos. Podemos ofrecerles conocimiento. Conocimiento derivado de la experiencia de muchas almas que han cruzado el gran golfo, y han regresado para contarnos sus aventuras. Conocimiento derivado también de la experiencia de esos otros que, aunque en menor número quizás, pero para nosotros más convincentes, pueden recordar sus vidas anteriores. En Europa es raro que se encuentren entre los adultos, pero muchos niños, antes de que las sombras de las cosas mundanas de la casa-prisión se ciernan sobre ellos, nos pueden proporcionar el recuerdo de vidas anteriores si se les interroga sagazmente. En Oriente tales recuerdos son corrientes, y constituyen más la regla que la excepción.
Este conocimiento sobre la vida oculta del alma no sólo puede dar valor y confort a los que dudan, sino también los medios para ayudar activamente a quienes pasan a mejor vida. Ya no necesitamos permanecer más tiempo con las manos vacías junto al lecho del moribundo. Aunque nuestras manos no encuentren nada más que hacer, nuestras mentes deben estar activas, y debemos prepararnos para acompañar a nuestros amigos durante la primera fase de su viaje. Podemos literalmente «ponerles en camino», como haríamos con un huésped que se marcha.
Pero antes de considerar exactamente qué puede hacerse por los que se marchan, debemos comprender en primer lugar el proceso del desprendimiento de la carne.
Existen dos clases de muerte, la muerte natural y la muerte violenta; y también hay dos clases de tránsitos, el pacífico, que es normal, y el no pacífico, que es patológico. Porque morir es un proceso tan natural como nacer, y tiene sus normas y sus patologías.
La muerte natural es la que tiene lugar gradualmente, desprendiéndose el alma del cuerpo antes de partir, igual que los dientes de leche de un niño se sueltan de la encía y se caen sin dolor. Sin embargo, la muerte violenta es como la extracción de un diente realizada por un dentista. Se produce un forcejeo, un shock, y algo de sangre y dolor. No obstante, normalmente el Gran Anestesista realiza su trabajo con rapidez, y al primer síntoma de ruptura entre el alma y el cuerpo, el Gran Sueño desciende sobre nosotros y ya no sabemos más. Sin embargo, donde existe mucho miedo a la muerte, o un apego desesperado a la vida, se frustra el trabajo del Gran Anestesista, y es entonces cuando se contemplan esos terribles lechos de muerte donde el alma se marcha luchando.

Esto no debe tener lugar nunca, y no necesita tener lugar nunca donde existe un conocimiento adecuado del proceso de la muerte y de la vida después de la muerte. El moribundo debe rendirse en las manos del Ángel Compasivo con la misma confianza y gratitud que pondría en los buenos oficios del médico que le administra la anestesia que protegerá su consciencia del trabajo del cirujano. Tan pronto como el éter realiza su trabajo compasivo, se difuminan el dolor y el miedo y dormirá durante un rato sin saber nada. Lo mismo ocurre con la muerte, el Ángel Oscuro va cerrando una a una las avenidas del consciente, y nos dormimos dentro de nosotros mismos mientras se desarrollan los procesos de separación del cuerpo y del alma. Cuando ha pasado todo es cuando estamos libres del cuerpo, y el Ángel abrirá de nuevo las puertas de la conciencia en un plano más elevado, y volveremos a vivir, aunque en otra dimensión. Puede resultarnos difícil darnos cuenta a qué clase de vida tenemos que abrir los ojos cuando una vez más amanezca el día, pero de lo que sí podemos estar seguros es de que cuando despertemos en la vida siguiente, nos parecerá tan normal y tan natural como la vida-Terrenal a la que estamos acostumbrados porque encontraremos que estamos adaptados a la misma.
El alma que va al encuentro de la muerte con comprensión, invocando la actuación compasiva del Ángel Gris, y acogiendo sus prácticas curativas, se deslizará fuera del marco del tiempo y del espacio con la misma tranquilidad y firmeza que un gran barco cuando se hace a la mar. Los cambios sobrevienen gradualmente, no hay ni traumatismo ni sorpresa, y mientras desaparece una costa, comienza a despuntar la otra por encima de la línea del cielo.
Insensiblemente nos hemos separado del cuerpo sin darnos cuenta. La conciencia inferior ahora está profundamente anestesiada. La conciencia superior se está abriendo, y nos encontramos en lo que ha sido calificado con distintos nombres, pero que nosotros llamaremos el Cuerpo de Luz. Esto no es lo mismo que el aspecto del cuerpo físico llamado Doble Etéreo, o sutil, y magnético. Esto es precisamente lo que anestesia el Ángel Gris, ya que es en esto donde tienen lugar los procesos físicos de la muerte; pero nada sabemos acerca de ellos, al menos no más de lo que sabemos sobre la operación que nos hacen cuando nos encontramos bajo la acción del cloroformo.
No obstante, no todos caen en un profundo sueño cuando cruzan las Puertas de la Muerte. Las almas que tienen un cierto grado de desarrollo psíquico las cruzan con plena conciencia. Porque, aunque el cuerpo físico cae en un estado de insensibilidad, no debemos dar por sentado que el alma esté inconsciente. Cualquiera que haya tenido la experiencia de un trance sabe que esto no es necesariamente así, y que la consciencia puede transferirse del cuerpo al alma y quedar incólume. Esto es lo que ocurre en la muerte. La consciencia se transfiere del cuerpo al alma, y el alma parte hacia su lugar en los Planos Interiores llevándose consigo la consciencia.
Nos podemos preguntar si el alma no se encontrará sola y perdida cuando llega al mundo-Cielo, pero todos los que han regresado para hablarnos del camino de la muerte, y son muchos, están de acuerdo en que éste no es el caso. El mundo-Cielo resulta familiar al recién llegado, y por esta razón, ¡todos estamos acostumbrados a ir allí durante el sueño, cada noche!
Existe una vida de sueño propia del alma de la que la persona media no tiene conciencia alguna, porque no recupera la memoria cuando despierta. Se encuentra más allá del ámbito de la ensoñación, que es puramente subconsciente, y el alma del pequeño desarrollo psíquico permanece profundamente dormida mientras está fuera del cuerpo, o en el mejor de los casos, en un estado de aturdimiento difícil de despertar. Precisamente, en el despertar del alma a este nivel de conciencia se producen esos sueños que no son como los sueños ordinarios, y que forman parte de la experiencia de mucha gente.

La persona desarrollada psicológicamente presenta una gran ventaja cuando llega el momento de cruzar las Puertas de la Muerte, puesto que las atraviesa con plena conciencia. No duerme el sueño de la muerte, sencillamente pierde conciencia del plano físico mientras que conserva todas sus facultades. Cualquiera que haya experimentado un trance sin pérdida de conciencia, o un sueño lúcido, ha muerto y ha resucitado de nuevo, y se dará cuenta de que la muerte es exactamente lo mismo.
Pero aunque el mundo-Cielo no nos resultará desconocido, sino que nos parecerá que hemos vuelto a visitar el hogar de nuestra primera infancia, no por ello dejamos de sentirnos menos inquietos. Existe la caridad organizada en el otro mundo igual que en éste, y hay almas incorpóreas dedicadas a la tarea de recibir y cuidar de los recién llegados, acompañándoles hasta que se encuentran como en casa.
Es bien sabido que con frecuencia los moribundos exclaman diciendo que ven una gran luz, y que en esa luz están los rostros de amigos y parientes fallecidos con anterioridad. Siempre que existe un fuerte vínculo de amor entre almas que se encuentran en distintas partes del golfo de la muerte, las que se encuentran en la más lejana invariablemente descienden hasta la orilla para dar la bienvenida al recién llegado cuando arribe.
Es algo verdaderamente estupendo saber que a medida que el mundo se aparta de nosotros, la costa del mundo futuro se eleva en el horizonte de la consciencia, y que en aquella orilla estarán aguardando nuestra llegada todos los que nos han querido y nos han precedido en lo desconocido. Nos encontraremos entre rostros familiares, como nos consta por los saludos que pronuncian muchos moribundos como últimas palabras.
¿Pero qué ocurre con quienes carecen de vínculos fuertes en el otro mundo? ¿Se les deja sin reconfortar? Desde luego que no. Serán recibidos por los que ya conocieron el amor no correspondido en la tierra, y quienes han entregado al servicio de todos ese amor que en su día fue rechazado. Acuden a recibir a los que no tienen amigos, a aquellos que durante sus vidas respectivas han realizado esos ideales que, aunque de manera difusa e imperceptible, constituyen para cada alma la meta más noble; y, con su ayuda, el alma avanza hacia sus lecciones y sus logros.

3. AYUDAR O PERJUDICAR AL MUERTO.

El tema de la comunicación con los que se fueron siempre ha sido engorroso. Por una parte, tenemos a los que niegan su posibilidad y dicen que las susodichas comunicaciones son o un fraude, o una ilusión, o un gesto de credulidad; por otra parte están los que admiten la posibilidad del tráfico con los muertos, pero lo llaman necromancia y lo condenan sin paliativos. Mientras tanto, los que han perdido a sus seres queridos pueden recurrir cada vez en mayor número a los médiums que actúan, o dicen actuar, como teléfonos psíquicos entre este mundo y el venidero.
Los que gozan de amplia experiencia en la materia coinciden en que si bien la comunicación con los muertos no debe condenarse en términos generales, sí se requiere una aproximación cautelosa, y en condiciones escogidas cuidadosamente, ya que el estado de dolor extremo y de trastorno emocional desesperado no es ciertamente la condición ideal para dicha aproximación. A veces, el estado mental de los afectados es tal que es aconsejable que los muertos regresen para proporcionar la seguridad deseada; pero esto constituye un acto de sacrificio por parte de estos últimos, y posiblemente nada puede ser peor para el alma que se aleja que el que se le reclame repetidas veces para que se comunique con los que deja atrás. Sujetar al alma a la vida física de esta manera es un acto de gran egoísmo, aunque sin duda no sea intencionado; trastorna a quien ha entrado en la luz, y le impide adaptarse a sus nuevas condiciones. Es como si una madre afectuosa metiese a su hijo en un internado, y luego le reclamase permanentemente,

llorando su soledad y lamentando la pérdida. ¿Cuál sería el estado mental de un niño que recibiera semejante trato? No obtendría ningún placer de sus nuevos compañeros ni de los deportes, y no sacaría ningún provecho de sus lecciones. Nosotros, si persistimos en reclamar a los que se han ido a través de la instrumentalidad del médium, estamos actuando con la misma insensatez y egoísmo que esa madre alocada.
Tan pronto como termina esta vida, comienza la próxima, y los muertos tienen su propia tarea que realizar. Debemos contentarnos con dejarles que lo hagan libremente y a su manera, al igual que una mujer, por muy amorosa y amada que sea, debe contentarse dejando que su marido y su hijo salgan a realizar su trabajo en el mundo.
Resulta llamativo en las comunicaciones que se reciben de los que se han ido que los muertos recientes son muy asequibles a la comunicación, y entonces, después de un tiempo, parecen pasar a un plano más alejado donde dicha comunicación deja de ser posible. Si insistimos en llamarles, no pueden realizar esta transición y quedan vinculados a la tierra. El proceso de la muerte resulta incompleto, y no pueden acceder a su descanso. Mientras que si bien puede ser justificable, o incluso recomendable, restablecer comunicación con los que acaban de fallecer, resulta poco recomendable de todo punto mantener esta comunicación indebidamente. Debe ser suficiente para nosotros que los que se van nos envíen unas palabras comunicándonos que han llegado bien a la otra orilla. Una vez hemos recibido ese mensaje, debemos quedarnos contentos.
El estado en el que entran los muertos inmediatamente después de su partida es un estado intermedio y transicional, un estado en el que pueden ocurrir ciertas patologías post-mortem. Los casos en los que no todo ha ido bien se retrasan ahí, aguardando que se solucionen sus problemas. Normalmente el alma transita rápidamente por esta fase, dejándola atrás. Un retraso en esta fase no es muy deseable. Debe acelerarse al alma en su trayecto, y es con este objetivo con el que la Iglesia Católica celebra las misas de difuntos; estas misas tienen un gran valor, y el principio de las mismas debería introducirse en la liturgia de todas las creencias. No debemos pensar que hemos tributado nuestro último servicio a los muertos cuando se ha terminado la ceremonia del funeral, pues los consuelos de la religión deben ser una continuación durante este estadio de transición hasta que se encuentran bien establecidos en su nueva vida. Mientras queden trazas de vínculos terrenales, debe proveerse al alma con la protección y la guía de la religión organizada.
Este estadio intermedio entre vida y muerte no es lo mismo que el Purgatorio. Se trata más bien de un estadio de arribada donde el alma pone pie en la orilla, recoge su equipaje y saluda a sus amigos. El Purgatorio podría definirse como una cuarentena psíquica. Sólo después de que el consciente se ha acostumbrado a una vida incorpórea puede el alma enfrentarse a la purificación del Purgatorio. Dejemos claro que el Purgatorio no es punitivo, ni tampoco eterno, sino que consiste en obligar al alma a hacer frente a sus propios resultados. Las reacciones del alma ante esos resultados constituyen precisamente los fuegos purificadores. El Purgatorio no es un lugar, sino un estado de consciencia; pero puesto que en los Planos Interiores todos los que tienen la misma apariencia tienden a juntarse, a efectos psíquicos y prácticos el Purgatorio tiene una localización astral concreta.
Cuando las almas atraviesan su purgatorio es cuando se rompen los hilos de comunicación con el mundo. Cada alma debe entrar en el silencio para poder pasar por los fuegos purificadores. Nadie puede ayudarles allí. Deben mantenerse sobre sus propios pies y caminar con la luz que tengan. Es la única manera de que aprendan la lección. No podemos aprender por otros, de la misma manera que no podemos comer tampoco por ellos. Debemos entregar a nuestros seres queridos en las manos de los Señores de Karma una vez llegado este momento. Nos reconforta saber, sin embargo,

que su propósito es hacer, y no romper, el alma, y nadie recibe más de lo que puede soportar, ni tampoco más de lo que puede asimilar y destinar a un buen uso.
El esotericista no estaría de acuerdo con la doctrina católica en que las misas para los muertos pueden ayudar a un alma en el purgatorio. Mantiene que el valor de las oraciones del sacerdote y de sus amigos reside en la influencia que ejercen sobre el alma durante el período intermediador; una vez que el alma ha pasado por esta fase encuentra su lugar en el gran ciclo de la vida en los Planos Interiores, donde se le atenderá.
Después de que el alma sale del Purgatorio no sólo es posible, sino también legítimo, restablecer comunicación con ella, siempre y cuando se empleen los métodos correctos. Si somos capaces de elevar la conciencia a planos psíquicos superiores, podemos entrar en contacto telepático por nuestra propia voluntad con los que se han marchado, y oír su voz con el oído interior. No es recomendable intentar verles con visión psíquica, porque esto pertenece a un sub-plano del Astral inferior a aquel donde los benditos difuntos, limpios de sus pecados, tienen el privilegio de vivir. La clarividencia es el método adecuado para establecer comunicación con los que han pasado al mundo-Cielo.
Llama la atención que las descripciones del mundo-Cielo son casi siempre de segunda mano; al psíquico se le dice cómo es ese mundo, pero realmente no lo ve. Existen, evidentemente, excepciones a esta regla general en el caso de psíquicos con dotes extraordinarias, o en circunstancias excepcionales; pero en términos generales es una regla sólida, y podemos saber que si vemos a los que se han ido en una visión psíquica, están aún en el mundo intermedio, y que cuando hayan llegado a salvo al mundo-Cielo les oiremos, pero no les veremos cuando intenten establecer una comunicación directa. Por tanto, cuando intentamos entrar en contacto con ellos, debemos escuchar, pero no mirar; y no es del todo irrazonable esperar oír por lo menos una palabra de salutación en esa todavía vocecilla de la conciencia. Una vez se ha establecido el contacto, habrá veces en que tendremos una impresión clara de una presencia tan tangible, que sentiremos que sólo con alargar la mano la tocamos; pero si abrimos los ojos no encontraremos nada ahí.
Desde sus planos, los muertos son mentes sin cuerpos, y cuando hablan se dirigen a nuestros sentidos mentales y no a los corporales. Es decir, que es la intuición la que los percibe, y no la vista.
Es bueno y normal que se establezca una comunicación intuitiva entre los muertos y los vivos, ya que despoja a la muerte de sus terrores. Debemos contemplar a los muertos como seres que viven en otro estado de consciencia, y no en otro lugar. Si podemos «sintonizar» con sus vibraciones, podemos oírles y hablar con ellos. De hecho podemos hablarles más fácilmente que oírles, dado que al ser incorpóreos los muertos son normalmente psíquicos. Por esta razón deberíamos guardar cuidadosamente nuestros pensamientos relativos a los muertos, y proponernos en especial superar nuestro dolor y aprender a asumir su partida. Nuestra actitud hacia los muertos debe ser la misma que la que tendríamos si se hubieran marchado a ultramar a buscar fortuna. Enviaríamos a un hijo o a un ser querido emigrantes unas frases
de aliento, para animarles en su empresa lejana. Si por el contrario, les remitimos constantemente palabras tristes, relatando nuestro sufrimiento por su ausencia, ¿podemos esperar que se reciban nuestras cartas con agrado? ¿No será más bien que se teme su llegada como si fuera un suplicio? ¿Cuál debería ser nuestro objetivo? ¿Ayudar y animar y querer a los muertos, o disfrutar con nuestro dolor aliviando nuestros sentimientos a su costa? El vacío y la soledad, la pérdida del ganapán y protector, o del compañero de toda la vida, son sin duda dolor osas, pero es un dolor que debe sobrellevarse con valentía para que nuestra oscuridad no ensombrezca al ser amado. Debemos aceptar nuestra suerte con alegría, de manera que se sientan libres para

atravesar las grandes experiencias del alma, y entrar en su descanso con la mente tranquila.

4. LA SUPERACIÓN DEL DOLOR.

La manera en que nos enfrentamos al sufrimiento es una de las mayores pruebas para nuestra comprensión espiritual. Nuestra actitud hacia la muerte del cuerpo, bien la nuestra propia o la de algún ser querido, depende de lo que realmente creamos que es la vida. ¿Miramos acaso en nuestros corazones el cuerpo físico como un hombre real, y todo lo que significa para nosotros en el plano físico como fundamento de nuestra relación con el alma que amamos, encarnada en ese cuerpo? ¿Pero acaso sabemos realmente, basándonos en nuestra experiencia de las cosas interiores, que el hombre es un ser espiritual, eterno e inmortal? Será entonces cuando seremos capaces de mirar más allá de la muerte del cuerpo, a esa vida que se esconde con Cristo en Dios.

Hay más de una clase de amor, y el sufrimiento nos revela de qué clase es el nuestro. La clase más baja de amor tiene que ver más con el hambre que con cualquier otra cosa. Tenemos hambre de afecto, de cuidados y de atención. Cuando de repente el sufrimiento nos abandona a nuestros recursos, sentimos los latigazos del hambre emocional.

Otra clase de amor, y que tampoco es más elevada que la egoísta, alivia la tensión emocional con el derroche de afecto y servicio hacia el ser amado, sin pararnos a inquirir con demasiado detenimiento cuáles pueden ser sus necesidades.

Esta clase de amor a la que de repente se le niega su expresión replegándola sobre sí misma sacude la naturaleza hasta sus cimientos y es responsable de muchas crisis después del sufrimiento.

Puede parecer una cosa extraña, pero el amor verdadero no tiene una naturaleza emocional, sino que es una actitud del alma hacia la vida. El amor verdadero es una radiación espiritual, como la luz del sol, y como el sol brilla sobre lo bueno y sobre lo malo, lo justo y lo injusto, sin ser ciego a su condición, pero amándolos de todas formas. Este es el amor más noble, y en sus alas está el consuelo.

El amor verdadero procede de una naturaleza amorosa, y no de emociones estimuladas. Es la única clase de amor que garantiza la felicidad en el matrimonio o en cualquier relación en la vida, y no es ésta la clase de amor que conduce a crisis mentales y dolores extremos cuando la muerte se lleva al ser amado.

Es cierto que siempre deben existir el shock y el vacío cuando nos es arrebatado aquel en cuyo amor nos hemos apoyado durante años, ya que debemos reajustar toda la vida; pero ese shock no debe ser de tal naturaleza como para que se derrumbe toda la estructura de la existencia. Si ocurre esto, podemos saber que hemos pecado contra el Segundo Mandamiento. Nos hemos forjado una imagen falsa y la hemos adorado, en vez de conocer y servir al único Dios verdadero.

Sólo puede haber un centro verdadero de la vida, y ése es Dios. Podemos tener compañeros y camaradas muy queridos a lo largo del camino de la vida, pero la vida en sí misma sólo tiene un centro. Si el eje de la rueda está en otro lugar que no sea el centro exacto, la rueda se queda descentrada e inútil. Nosotros y nuestros seres amados somos como radios en la rueda de la vida, pero tanto para ellos como para nosotros el eje debe ser Dios. Cuando tratamos de echar el peso de nuestra vida sobre un radio, en vez de sobre el eje, cometemos un error radical, un error que nos desequilibra en todos los planos.

Si nosotros y los que amamos centramos nuestra vida en Dios, la muerte no nos traerá una sensación de aislamiento interno, ya que sabremos que nos han precedido en el camino a la meta que nos habíamos propuesto juntos. Si regresaran a nosotros después

de que hubieran fallecido, nos dirían, como lo hizo el Cristo Resucitado a los discípulos, que lamentaban su muerte: «Ved, os precedo en Galilea.»
Para quienes están unidos en el espíritu, la muerte no es más que una separación temporal. Habrá soledad, y habrá pesos que uno tendrá que soportar sólo cuando antes los había compartido con el otro, pero no existe esa sensación de aniquilación espiritual que arrasa a quienes han depositado sus tesoros donde sólo quedarán gusanos y roña.
Es la certidumbre interior de un vínculo duradero la que a veces nos sirve de ancla en el sufrimiento. Para muchos, se trata de una certidumbre que ninguna filosofía materialista, ni ninguna demostración de mortalidad puede afectar. Pueden no entender los fundamentos sobre los que reposa su certidumbre. Para ellos puede ser una creencia ciega, que se admite ilógicamente. No obstante, ahí está, como un hecho de la vida interior.
Sin embargo, el místico, con este conocimiento de los Planos Interiores, es capaz de explicar este sentimiento y demostrar que se trata de una verdadera intuición psíquica, y en modo alguno ilógica. En los Planos Interiores no existen ni tiempo ni lugar como nosotros los entendemos. Estamos cerca de aquellos con los que estamos en relación emocional, y lejos de aquellos con los que no sintonizamos emocionalmente. Cuando existe una verdadera sintonía entre dos almas, están literalmente unidas en los Planos Interiores, donde estar en una mente significa estar en un sitio. Demasiado bien sabemos que es perfectamente posible compartir cama y mesa, y sin embargo, estar tan separados como las estrellas. También es un hecho de la experiencia interior que si existe una verdadera unión espiritual permanecemos en contacto, donde quiera que se encuentren nuestros cuerpos.
Si observamos la vida, comprobaremos cuan cierto es esto. Existe una diferencia muy sutil entre un hombre o una mujer verdaderamente bien emparejado y el que no lo está. No necesitan estar juntos para que sea evidente, ya que se trata de una sutil diferencia psicológica, y la separación no le afecta. El hombre o la mujer que ama y es amado retiene esa sensación de plenitud espiritual, incluso cuando están separados durante períodos largos. Los psicólogos saben bien que la falta de este emparejamiento, que los esotericistas llaman Polarización, es causa de muchas enfermedades nerviosas, y que éstas ocurren incluso en el matrimonio cuando no existe ninguna afinidad espiritual ni compañerismo.
Si continuamos amando y siendo amados aun después de la pérdida del ser amado, no se produce esta viudedad espiritual, y no quedamos desemparejados. La influencia intangible del amor continúa dejándose sentir, y la personalidad permanece polarizada.
El vínculo de la unión física se debilita con el paso de la juventud. El vínculo de la unión emocional se rompe cuando la personalidad desaparece de la visión física, pero el vínculo de la unión espiritual sobrevive a cualquier ruptura de unión espiritual, de tiempo o de espacio, y continúa inspirando y protegiendo a los que se encuentran sujetos por este lazo, en cualquier plano.
El vínculo de unión espiritual resulta ser un idealismo común, una camaradería en las cosas del espíritu. Allí donde existe, durará tanto tiempo como dure el espíritu, ya que es tan eterno como Dios, su dador. Esta comunión espiritual continúa ininterrumpidamente después de la muerte del cuerpo, y después de todas las experiencias post-mortem del alma. No requiere poderes psíquicos que le colocan al alcance de la consciencia mundana. Es como el sonido de un arroyo; podemos no oírlo cuando nos encontramos ocupados en la tarea de nuestros asuntos, pero en la quietud de la noche, cuando se han acallado todos los ruidos, oímos el discurrir constante del agua, hora tras hora, y sabemos que ha estado sonando todo el día, aunque no lo hayamos oído.

Cuando el amor espiritual nos llega desde los Planos Internos, sólo tenemos que alertar los sentidos externos por un momento para oírlo brotar como un arroyo, en un discurrir continuo, que nos llega en todo momento desde el alma eterna y segura que nos ha precedido en el País Futuro. Y nosotros por nuestra parte, si aún amamos, también podemos enviar un flujo continuo que reconforta a nuestro ser amado. Juntemos, pues, todo nuestro coraje para que el arroyo del amor no pueda arrastrar los restos de esperanzas muertas a los Planos Internos, los detecte psíquicamente nuestro ser querido y se entristezca. Mantengamos vivas nuestras esperanzas trabajando por los ideales que tan queridos fueron para ambos. De esta manera, podemos construir un túnel a través del cual aún pueden fructificar esos ideales, ya que nuestra camaradería con el ser querido puede continuar por el Camino del Servicio.

5. EL TIEMPO SEÑALADO.

No deseamos tener hacia la muerte la actitud fatalista del mahometano, por mucho que podamos admirar su coraje; tampoco el aterrorizado apego a la vida de muchos que se llaman cristianos. Cualquiera que tenga cierto conocimiento de la astrología sabe que puede predecirse con una considerable exactitud el momento en que con mayor probabilidad puede llegar la muerte. Pero si también tiene alguna experiencia práctica de semejante arte, sabe igualmente que no ocurre necesariamente todo lo que se vaticina. Hay muchos factores importantes que deben tenerse en cuenta en un horóscopo, y el juicio, en definitiva, no es la respuesta a una suma aritmética, en cuyo caso sólo podría haber un resultado, sino la opinión del astrólogo sobre el resultado final de un número indefinido de factores contrapuestos. La astrología es mucho más un arte que una ciencia, y el factor personal, tanto en el interesado como en el astrólogo, es muy importante.

Sin embargo, nadie puede negar que hay mareas de muerte en cada horóscopo, mareas que el alma puede atravesar fácilmente, cruzando la barra del puerto para adentrarse en el Gran Más Allá. Entonces se aflojan las cuerdas, y si se produce un estrés repentino pueden romperse. Por otra parte, puede entrar en juego una fuerza compensatoria: la fe, o la fuerza de voluntad del propio interesado, o de alguien próximo a él, puede ser suficiente para mantener el alma en el cuerpo hasta que haya pasado la marea, y el nudo de la vida se reanude automáticamente. En tal caso podemos decir literalmente que se ha entrado en una nueva vida, y que hay muy pocas posibilidades de muerte hasta que los planetas vuelvan a colocarse en una posición fatal. Resulta muy instructivo hacer un horóscopo retrospectivo, si es que puede emplearse semejante término, y observar cuál fue la posición de los planetas durante los períodos de crisis en el pasado. Podríamos encontrar que pueden haber habido más de un período durante el cual el Ángel de la Muerte estuvo cerca, pero pasó de largo. Lo que ha ocurrido una vez puede ocurrir de nuevo, y es tan imprudente asumir la certidumbre de la muerte antes de que salga la respiración del cuerpo como contar los pollitos antes de tener los huevos.

Hay una cosa segura: si la vida está desequilibrada, el conocimiento de que un astrólogo ha emitido sentencia de muerte puede ser un depresivo muy poderoso, y servir para inclinar la balanza. En mi opinión, sin embargo, por muy clara que aparezca escrita la muerte en un horóscopo, ningún astrólogo debe revelarlo jamás, sino que debe contentarse con decir que será un período crítico para la salud del interesado. Esto será suficiente como advertencia, sin introducir una autosugestión paralizante.

Podemos asumir, entonces, que hay períodos durante los cuales es posible que salga el alma, pero no es obligatorio que así ocurra. Estos períodos deben ser necesariamente tiempos de ansiedad, pero no debemos adoptar una actitud fatalista hacia ellos,

acostándonos y dejándonos morir sin luchar, porque nuestros planetas son adversos. Marte puede tener algo que decirle a Saturno, y puede decírselo efectivamente.
Sólo puede entenderse como una desgracia si la muerte se produce antes de las tres veintenas y diez, porque cada encarnación requiere un largo período de preparación antes de alcanzar madurez de facultades, y podamos madurar lo que hemos plantado. Tener que pasar de nuevo otro período de infancia, niñez y juventud antes de haber recuperado el total de lo invertido en valores de vida en el período presente es una desgracia, aunque no necesariamente una tragedia si se contempla en el amplio paisaje de una vida en evolución. Por tanto, debemos reforzar con todos los medios a nuestro alcance la batalla contra una muerte prematura; pero después del tiempo otorgado, a no ser que tengamos algún trabajo por terminar, seríamos prudentes en aceptar nuestro destino cuando llegara, dejándonos llevar tranquilamente por la corriente, seguros de que nuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Es mejor partir y tomar un cuerpo nuevo, que aferramos a uno que cada vez se hace más inhabitable. Si hemos pasado el tiempo adjudicado, bien podemos decir: «Señor, permite ahora que tu siervo parta en paz.»
Con esto no quiero decir que deba entenderse que debemos rechazar las precauciones ordinarias y las medidas preventivas. Es nuestra obligación llevar a buen término las leyes de la Naturaleza mientras estemos bajo la jurisdicción de dichas leyes. A lo que me refiero es a la actitud de la mente. Podemos luchar valerosamente contra la muerte hasta la última trinchera, conservando juntos el cuerpo y el alma con todo el poder de una voluntad concentrada; o podemos dirigir nuestros pensamientos hacia el mundo-Cielo e intentar alcanzarlo. Antes de los sesenta años debemos luchar contra la muerte con recursos espirituales y materiales; pero después de ese tiempo, a no ser que exista alguna razón concreta para lo contrario, como obligaciones sin realizar o trabajo sin completar, lo mejor que podemos hacer es ponernos en las manos de Dios, porque El no llamará a Su siervo antes de que su trabajo esté terminado y haya llegado el tiempo del descanso.
No debemos olvidar nunca que la ley espiritual y el karma no son la misma cosa. Es el karma el que causa la muerte prematura del cuerpo, pero es la ley espiritual la que retira el alma de la reencarnación cuando ha madurado el tiempo. Pueden utilizarse fuerzas espirituales para contraatacar un mal karma, pero no hay nada que pueda o deba usarse para contrarrestar la ley espiritual. Nuestro mayor bien radica en su cumplimiento.
Debemos evitar pensar que la muerte es una tragedia final. Hay condiciones bajo las cuales puede constituir una desgracia para todos los afectados, tanto para el alma que se marcha como para los que la rodean. Pero por otra parte, bien podría ser el estadio siguiente de la vida. Sólo el hombre hundido en la materia llama al Ángel de la Muerte el Gran Enemigo. Su nombre esotérico es el de Abridor de las Puertas de la Vida.

6. LA COSTUMBRE TRADICIONAL Y EL HECHO PSÍQUICO.

Existen muchas costumbres antiguas relacionadas con la marcha de un alma que tiene sus raíces en el hecho psíquico, y que no son meras supersticiones. Algunas, naturalmente, tienen origen precristiano y su validez ha terminado; otras siguen siendo válidas, y es útil considerarlas.
Entre estas últimas se encuentra la preciosa costumbre de colocar velas y flores frescas en la cámara mortuoria tan pronto se ha marchado el alma. Existe un breve intervalo entre la desanimación del cuerpo físico y la retirada del alma del doble etérico. Durante este período el alma permanece próxima a su vehículo físico, desenganchándose gradualmente de las redes de la materia y reorientándose en su nuevo estado. El doble etérico, al que se le ha cortado el abastecimiento de prana, o vitalidad etérica que deriva

del sol durante la encarnación, y que aún no se ha ajustado a su nueva condición, está preparado para extraer esta vitalidad de cualquier fuente disponible. Este hecho explica la repentina sensación de cansancio y decaimiento, o incluso miedo, que frecuentemente asalta a aquellos cuyas obligaciones les colocan en proximidad inmediata con los cuerpos muertos, a no ser que se hayan protegido con el escudo de la dureza. Los que han amado al muerto son especialmente sensibles a esta clase de decaimiento.
No obstante, es un acto indiscutiblemente humano el acompañar a las almas que se han ido con pensamientos de amor y de protección mientras que atraviesan el período de ajuste; e incluso podemos, en ciertos casos, pensar que es prudente que un alma que se ha marchado en un estado de miedo y de pesar se aferré por un tiempo a nuestra vitalidad física, antes de que se le persuada de que debe aceptar la tarea de vivir su nueva vida. Estos asuntos deben juzgarse con prudencia y con compasión. Sin embargo, debemos retener siempre in mente que la ayuda que proporcionamos a los muertos debe estar encaminada a ayudarles en su transición a su nueva vida, y no a mantenerles en un estado intermedio, que puede inducirles a adquirir el hábito de muertos en vida, quedando, pues, vinculados a la tierra.
Existe una gran diferencia entre una relación mental y una relación etérica. Esta última no es deseable, ya que se convierte rápidamente en patológica tanto para los vivos como para los muertos, y por tanto no debe consentirse jamás que se produzca.
Sin embargo, existirá siempre un deseo instintivo, involuntario, de alcanzar una vitalidad etérica mediante el doble etérico mientras comienza su desintegración, y no sólo podemos proteger a los vivos, sino también ayudar a los muertos con la comprensión de la naturaleza de este fenómeno, y actuando en consecuencia.
El fuego es una forma elemental de vida etérica, y la llama al descubierto de una vela, totalmente expuesta al aire, emana una considerable cantidad de sustancia etérica. Si colocamos velas encendidas alrededor de la cama del muerto y la cubrimos con flores frescas, habrá disponibles suficientes emanaciones etéricas como para hacer frente a las necesidades del doble etérico, ayudarle a concluir su período de transición, e impedir que recurra a la vitalidad de los vivos. Desde todos los puntos de vista esto es más natural que permitir que los muertos entren en lo que bien podría terminar siendo una relación incompleta con los que permanecen detrás, y al mismo tiempo es más humano que el no ofrecerles ninguna ayuda.
No es correcto dejar a los muertos solos y abandonados durante el intervalo existente entre su muerte y el funeral del cuerpo, cuando se les da el último adiós; tampoco es ni deseable ni necesario mantener una continua vigilancia a su lado, pero es bueno arrodillarse en oración junto al cuerpo tres veces cada día, a la mañana, al mediodía y a la noche, y si esto no fuera posible, proyectar nuestros pensamientos hacia el lugar donde yace, e imaginarnos que estamos allí arrodillados en oración. Esto constituye una gran ayuda para los que se han ido, y no debe abandonarse, ya que después del funeral cristiano, es el mayor servicio que podemos hacer por los muertos.
No es bueno quemar incienso en la cámara mortuoria, porque los efluvios del incienso se prestan con demasiada facilidad a la materialización, y nuestro propósito consiste en ayudar al alma que se va a pasar lo más rápida y fácilmente posible las fases de la muerte, hasta entrar en la vida espiritual, de manera que no permanezca merodeando en la atmósfera terrestre, donde se ha producido la muerte patológica.
El cerrar las persianas cuando se produce una muerte es otra costumbre enraizada en el hecho psíquico. Nada dispersa un doble etérico tan deprisa como la luz solar, y al objeto de que el proceso que sigue inmediatamente a la retirada del alma del cuerpo no se acelere indebidamente, se cierran las persianas, eliminando la luz solar, dejando que sean sólo las llamas vivas de las velas las que alumbren la cámara mortuoria.

Sin embargo, debe introducirse una excepción a esta regla: cuando la naturaleza de la enfermedad ha sido tal que ya se ha producido la muerte parcial de los tejidos antes de la muerte total del cuerpo, o cuando los procesos de desintegración se desencadenan rápidamente a la partida del alma, como sucede con ciertas enfermedades. Porque esto quiere decir que el doble etérico estaba casi fuera del cuerpo antes del fin real; no hay, pues, necesidad de esperar a que se desenganche, y cuanto antes regrese la sustancia etérica al alma de la naturaleza, mejor.
Llevar un luto riguroso tiene un efecto psíquico profundo. El negro aisla a quien lo lleva de vibraciones etéricas, y una persona que vaya así vestida es más propicia a entrar en contacto con planos más sutiles que una que esté vestida de colores, ya que cada uno de éstos atrae su vibración correspondiente.
No obstante, la costumbre de tocar la campana de la iglesia es tan pagana como la de los gemidos y lamentaciones de una plañidera irlandesa. Su objetivo no es otro que el de ahuyentar a los malos espíritus y no debería tener lugar en un entierro cristiano.
Es un gran error, e incluso una blasfemia, pensar en nuestros seres queridos como muertos, o asociarles con el polvo que vuelve a la tierra de donde salió. Debemos pensar en la mente vital, en el espíritu sempiterno y elevado, que asciende más y más en su propia evolución, invitándonos al compañerismo en esa gran aventura. Por esta razón, y desde el punto de vista esotérico, la cremación es mucho mejor que el enterramiento, ya que libera no sólo el alma del muerto, sino al alma de los vivos. No podemos aferramos a un puñado de polvo que se lo lleva el viento, pero sí a un cuerpo enterrado, que regresa despacio a la Madre Tierra.
El último servicio de amor terrenal debería ser el tomar las cenizas del ser amado y llevarlas a algún lugar consagrado a la memoria de la felicidad, y allí esparcirlas al viento, devolviendo a la Naturaleza lo que la Naturaleza dio. Allí, como en un altar dedicado a la memoria del amor, podemos intentar restablecer nuestro contacto, no con el muerto, sino con el Sempiterno, enviando a lo Invisible nuestros pensamientos como si fueran pájaros. Es raro que regresen a nosotros sin la rama verde de la esperanza.
Pero no podemos hacer esto mientras en nuestro pensamiento identifiquemos al ser amado con el cuerpo muerto. Devolvamos el cuerpo a los elementos cuanto antes, para poder librar nuestro amor del sentimiento de la muerte. Donde no sea posible la cremación, yo plantaría sobre la tumba un árbol o arbusto fuerte que extraiga la vida etérica de la tierra y la envíe al aire. He visto tumbas que son como pequeños jardines; no sellados con una piedra, sino llenos de vida y de belleza. Entre la construcción de la tumba y la colocación de la piedra debe haber un lapso de tiempo de al menos un año, y ¿qué puede haber más bello que sembrar trigo en la tierra desnuda para simbolizar la vida que es un don de Dios? Porque existe una leyenda, que el trigo no pertenece a la evolución de nuestra tierra, sino que lo trajo de otro planeta el Gran Único que vino sin padre, sin madre, y sin descendientes, ya que su vida no tiene ni principio ni fin.
En alguna parte del conjunto decorativo de la lápida funeraria o del ataúd aparece invariablemente la Cruz. Desgraciadamente, en nuestra ignorancia de la ciencia de la simbología se representa casi siempre la Cruz del Calvario. Hay muchas formas diferentes de Cruces, no obstante, y en concreto la Cruz del Calvario representa sacrificio y renuncia. Es la Cruz Celta, con su espiga alta y recta, y los brazos cortos, rematada con un círculo, la que representa la Vida Triunfante de la Salvación. Esta es la Cruz bajo la cual debe descansar todo lo que de mortal tenga un iniciado.
Encerrar el cuerpo en un receptáculo de plomo es una reliquia de barbarie. El alma ha terminado con el cuerpo y lo ha rechazado. ¿Por qué empeñarnos en conservarlo? El mejor cofre para colocar los restos mortales de nuestros seres queridos es el que los devuelve a la tierra con la mayor rapidez posible. Por esta razón, el olmo tradicional es

mejor que el roble, que dura demasiado. Si no es posible someter el barro a la acción rápida y purificadora del fuego, dejemos que la tierra compasiva realice su tarea a su manera, devolviendo los elementos de la mortalidad cada uno a su lugar correspondiente en la naturaleza. El alma no estará verdaderamente libre hasta que esto haya ocurrido. Alguna sombra de tierra permanecerá para nublar su despertar.

7. LA MUERTE DEL CUERPO.

El cuerpo humano es una máquina, que para la integridad de sus partes y el abastecimiento de su trabajo depende, como cualquier otra máquina, de la gasolina. Es una máquina para generar energía, la energía que emplea la personalidad en el proceso del desenvolvimiento espiritual; puesto que es mediante las experiencias sufridas en el cuerpo que el alma recoge el material en bruto sobre el que trabaja durante el proceso de su evolución. El ocultista que sabe estas cosas no se muestra, pues, sentimental sobre el cuerpo físico, sino que trata de conservarlo en buen estado mientras los posee, porque no puede hacerse un buen trabajo con una herramienta mala.

Debemos aprender a pensar en la muerte como en una parte del proceso del crecimiento. Una oruga muere como gusano para renacer convertida en mariposa. En muchas de las formas inferiores de la existencia el ciclo de la vida se desenvuelve bajo nuestros ojos. Sin embargo, en las formas superiores, parte del ciclo tiene lugar en la esfera visible de la materia, y otra parte en la esfera invisible de la mente. Lo que llamamos nacimiento es el proceso de adopción de un cuerpo físico, y lo que llamamos muerte es el proceso de abandono del mismo; y así como los procesos de nacimiento incluyen algo más que el parto, también los procesos de muerte incluyen más que el fin de la respiración.

Si, naturalmente, con la muerte nos referimos simplemente a la parada de la máquina humana, entonces la muerte es una ocurrencia instantánea, como se cree que es popularmente. Pero si con la muerte queremos significar la suma total del proceso que constituye la transición de una fase de la existencia a otra, entonces estamos hablando de la muerte tal y como la entiende el esotericista, y es en este sentido como la consideraremos en estas páginas.

Hay dos maneras en las que puede llegar la muerte: de manera natural, y de acuerdo con la ley divina; o de manera no natural, como una ruptura de la ley divina. Por raro que parezca, el esotericista no reconoce la muerte por enfermedad como muerte natural. La enfermedad se debe a una ruptura de la ley de Dios; de alguna forma se ha violentado la Naturaleza, y el resultado es la quiebra de la máquina humana.

La muerte natural, la muerte que se produce por designios de la ley divina, sólo tienen lugar cuando se ha concluido el karma adjudicado a esa encarnación. Hasta que no se ha hecho, las fuerzas vitales mantendrán la vejez a buen recaudo, reteniendo los poderes casi intactos hasta una edad avanzada, como se demuestra por los muchos ejemplos de hombres y de mujeres que en su intenso servicio a Dios han superado con creces el tiempo adjudicado de los tres años récord más diez.

La muerte natural sólo se produce por el desgaste de las partes activas de la máquina, o, para cambiar esta metáfora por otra más exacta, por el deterioro de los tejidos. Para su funcionamiento, la máquina depende del equilibrio entre lo que le alimenta y lo que produce, y que se conoce técnicamente como metabolismo. El alimento suele ser siempre en exceso con relación a la producción normal, de manera que se pueda disponer de una reserva para emergencias. Durante la infancia y la adolescencia el crecimiento absorbe esta alimentación extra, y durante la madurez se gasta en la reproducción. Lo que no se absorba en la reproducción física es, o debe ser, consumido en la consecución de algún objetivo emocionalmente satisfactorio, bien sea laboral o

lúdico. Tan pronto se concluye la fase de crecimiento de la vida, el exceso de alimentación o de producción comienza a acumularse en los tejidos, en sus formas químicas más compactas. De ahí el dicho tan sabio y agudo de que un hombre tiene la edad de sus arterias.
La muerte natural puede producirse de varias maneras. A medida que pasa el tiempo, al corazón le resulta cada vez más difícil bombear la sangre a través de los canales de las arterias que a su vez son cada vez menos elásticos. El abastecimiento de sangre a los distintos órganos resulta inadecuado, y en consecuencia, pueden averiarse y dejar de funcionar uno tras otro, desproveyendo al sistema de algún producto o servicio esencial, parando pues la máquina. O bien, una de las arterias más pequeñas, generalmente del cerebro, se debilita de tal manera que ya no puede soportar la creciente presión de la sangre bombeada a su vez por un corazón aún en condiciones, y finalmente estalla, causando el bien conocido fenómeno del «ataque». Asimismo, el corazón por su parte puede que ya no sea capaz de superar la resistencia de las arterias, y acaba por parar su marcha rítmica en el momento de vitalidad más baja, generalmente durante las primeras horas del amanecer, y la persona «muere durante el sueño». Esta es la forma verdadera, normal y armoniosa de morir. Se introduce la muerte, no con ninguna enfermedad en concreto, sino con una tendencia a la fatiga que aumenta gradualmente, fatiga que se manifiesta (y se compensa) con el aumento constante de la necesidad de dormir, dedicando cada vez más tiempo de las veinte y cuatro horas a un olvido tranquilo, hasta que por fin se pierde para siempre la conciencia. Es así como se despide el alma cuando ha realizado su tarea, y ya no le queda nada que hacer en la vida terrenal de esa encarnación.
La muerte no natural o patológica del cuerpo se produce por la intervención de un agente externo: bien con el daño mecánico de una parte vital; bien con el envenenamiento de los procesos vitales, con alguna sustancia que ingiere el cuerpo o con los excrementos de las bacterias alojadas en los tejidos; o cancelando el abastecimiento adecuado de algún factor necesario para el funcionamiento de la máquina, sea comida, vitaminas, agua, aire, o luz solar.
Cualquier enfermo puede encontrar un lugar en alguna de estas tres categorías, y el esoterista las contempla todas como formas de muerte patológica, ya que, en condiciones distintas, se podrían haber evitado todas. Si no se hubiera producido ese daño, el hombre habría vivido. Si no hubiera entrado en contacto con el germen virulento, no se habría desencadenado ese trastorno. Si hubiera dispuesto del abastecimiento adecuado para las necesidades vitales, tampoco en demasía, de manera que el mecanismo estuviera bien alimentado, tampoco demasiado poco para no debilitar, ahora estaría vivo. De estas formas patológicas de muerte siempre podemos decir que si tal y tal cosa no hubiera ocurrido, los muertos no estarían muertos. Por tanto, decimos que estas muertes son todas no naturales, y si estuviéramos viviendo en la edad dorada de la perfección de la tierra, no habrían ocurrido. La forma normal de morir es durante el sueño y a una edad muy avanzada.

8. AL ENCUENTRO DE LA MUERTE.

Si estamos aterrorizados ante la idea de que nos llega la Muerte, vayamos a su encuentro con soltura.
Esta puede parecemos una idea extraña, pero en esencia tiene mucho de sensato y práctico. Hay varias religiones, en especial la Católica Romana y la Budista, que instruyen a sus fieles sobre cómo pueden meditar regularmente acerca de sus propias muertes. Se trata de una disciplina muy valiosa, y todos nos sentiríamos mejor si la practicamos.

Sin embargo, esta meditación sobre nuestras propias muertes no debería interesarse con la disolución del cuerpo. El cuerpo no es el verdadero Yo. Cuando nos despojamos de él no es más que barro, y ya no volvemos a ocuparnos del mismo en modo alguno. Dejemos que los vivos se preocupen por razones sanitarias, pero no por superstición. Debemos pensar en nosotros mismos escapándonos del cuerpo, liberándonos de sus limitaciones, y empezar a imaginar qué clase de vida llevaremos cuando esto ocurra. Podemos vernos a nosotros mismos encontrándonos con aquellos amigos que nos han precedido a través de las Puertas de la Muerte. Si la muerte parece inminente, podemos enviarles mensajes telepáticos, pidiéndoles que salgan a recibirnos. Si realmente estamos cerca del Umbral, no es raro que nos llegue algún tipo de respuesta. Podemos estar bien seguros de que harán lo más que puedan para mandarnos señales a través del golfo y decirnos que tengamos buen ánimo; pero a no ser de que tengamos algún desarrollo psíquico, podemos fallar en la percepción de las señales de respuesta. Puedo poner de ejemplo un caso que conocí de una mujer que recientemente había perdido a su amada hermana, y que una tarde se sentó delante del fuego para intentar ponerse en contacto con ella telepáticamente. Lo intentó durante algún tiempo sin éxito, cuando sus intentos de concentración se vieron perturbados por el perro de su hermana que estaba tendido a sus pies, y que al parecer estaba cazando en sueños, como ocurre con muchos perros. De repente, se despertó y miró a su alrededor con sorpresa como si esperase ver a alguien, y se puso a correr por toda la casa, de habitación en habitación, ladrando alegremente. Esta fue la primera vez que demostraba algún interés o animación desde la muerte de su dueña. Mi amiga creía que había conseguido llamar a su hermana, pero que no había podido percibirla; los perros, sin embargo, son muy psíquicos, y el de la difunta había sentido su presencia, interpretando su experiencia en su sueño como nos ocurre a nosotros, y se despertó tan convencido de que la había visto que corrió por todas las habitaciones ladrando y buscándola. Mi amiga me dijo que nada podía haber sido más convincente para ella que esta simple manifestación de la experiencia de un perro.
Pero además de esos amigos personales en cuyo afecto confiamos, hay otros en los Planos Interiores cuya compañía podemos buscar, y que podemos conocer incluso antes de nuestra partida. Podemos recordar la promesa de nuestro Señor: «No os dejaré sin consuelo», y pedirle que conozcamos a nuestro guía en vida, para que podamos morir con confianza cuando nos llegue la llamada. No obstante, carece de sentido hacer esto a no ser que nuestra muerte esté próxima, porque los guías cambian de tarea en los Planos Interiores, puesto que el trabajo de salir al encuentro de los muertos es uno de los primeros que realizan cuando llegan, y en su momento pasan a otras obligaciones. Sólo descienden hasta la playa a esperar nuestra llegada cuando la barca del alma ha soltado amarras.
La investigación realizada por espiritualistas ha revelado cuan importante es el trabajo que se realiza en esa parte del mundo del espíritu contiguo al plano terrenal. Existe una evidencia abundante procedente de fuentes innumerables sobre lo bien que están organizadas las bandas de auxiliares invisibles, y que no se permite que ni una sola alma pase sola y sin ayuda. Cuando un barco está a punto de zarpar, iza el gallardete azul, y todos los interesados se apresuran a subir a bordo. Cuando el alma está a punto de salir del cuerpo, también lanza una señal, y en los Planos Interiores hay encargados de vigilar esas señales, y vigilar que todas las almas viajeras sean guiadas, protegidas, y bien recibidas a medida que se alejan de nuestros límites de tiempo y espacio.
Incluso cuando la Estrella de la Muerte está por debajo del horizonte, haríamos bien en familiarizarnos con la naturaleza de los estados después de la vida, de manera que nos acostumbremos a ellos y no nos parezcan ni extraños ni tan terribles. De esta manera,

podemos despojar a la muerte de sus terrores con mayor efectividad que de cualquier otro modo.
Es más, podemos encontrarnos con alguien atenazado por ese miedo cruel y terrible de la muerte, que, en secreto, aflige a tantos que han sido educados en los viejos conceptos de muerte y de infierno. Es algo que muy pocas personas confesarán espontáneamente, y encontrarse con alguien que haya escapado de esa servidumbre es para ellas como una luz que amanece en la oscuridad.
En nuestras meditaciones sobre nuestras propias muertes no nos concentremos tanto en la partida como en la vida en la que vamos a entrar. Pensemos con gozo en las nuevas esperanzas y actividades que se abren ante nosotros. Estaremos libres de las ataduras del cuerpo, que, a medida que se aproxima nuestro tiempo, se convierte cada vez más en una carga para nuestras actividades; resucitaremos en el Cuerpo de Luz, como lo llamaban los antiguos; el peso de la edad y de la mala salud se habrá disipado, y nos encontraremos en buena forma, vigorosos, y con la conciencia clara y boyante. Al morir, lo que hacemos literalmente es tomar otra posibilidad de vida. Entraremos en esa nueva vida con todo el vigor y el entusiasmo de la juventud, porque en verdad hemos vuelto a nacer.

9. EL LADO OCULTO DE LA MUERTE.

Los procesos, incluso de la muerte física, no son ni con mucho tan sencillos como cree la imaginación popular, y sólo el conocimiento de los aspectos más sutiles de la muerte dieron lugar a muchas de las prácticas funerarias de los antiguos, que en la actualidad consideramos pura superstición.
Al desaparecer la respiración se escapa la propia alma, tan despreocupada de su cuerpo abandonado como el polluelo de su cáscara. Pero los que quedan atrás sí se preocupan, y algunos de los problemas más sutiles del sufrimiento se deben a los procesos mal conocidos que se producen en el barro descartado.
Tenemos dos tareas que realizar antes de que termine nuestro servicio al ser amado. Debemos preocuparnos de que el polvo vuelva al polvo lo más rápida y armoniosamente posible, evitando que ocurra eso que puede llamarse las patologías de muerte, y también debemos seguir al alma que se va con la clase de telepatía adecuada hasta que se haya establecido a salvo al Otro Lado, y desee entrar allí para descansar por un tiempo. Estos dos aspectos de los últimos servicios a los que se han ido son de gran importancia, y debemos prestarles nuestra máxima atención. Además, no hay nada que nos ayude más en nuestro dolor que pensar que todavía hay algo que hacer por aquellos que se han ido, y no quedamos libres de dejarnos llevar sin reservas al paroxismo de la emoción, como ocurriría si sintiéramos que ya no queda nada que considerar, excepto nosotros mismos.
Estudiemos en primer lugar qué ocurre con el cuerpo abandonado y vacío inmediatamente después de la marcha del alma, porque esto guiará nuestra actitud para con el cuerpo y nuestra manera de tratarlo. Para empezar, la marcha del alma sólo significa la muerte del sistema nervioso central, ya que aún queda gran cantidad de vida orgánica en el propio cuerpo. No muere todo de una sola pieza. Es más, durante algunos días antes de la muerte, o incluso durante más tiempo, puede que el alma esté fuera del cuerpo, flotando en un extremo de la cuerda de plata a algunos pies por encima de la cama, como si fuera un fantasma dormido y perfectamente visible para cualquier psíquico. Mientras dure esta condición, existe una profunda inconsciencia en todos los planos, y ninguna clase de sufrimiento. Sólo cuando se rompe la cuerda de plata parte finalmente el alma, y se produce la muerte real. La recuperación repentina de la conciencia la causa en última instancia el alma, que recobra la conciencia en su propio

plano a medida que se aproxima el final, haciendo un último esfuerzo por concentrarse en el cuerpo, al objeto de que el proceso conocido por los ocultistas como la radiación del átomo-semilla tenga lugar efectivamente.

Este átomo-semilla es un núcleo de fuerza del mismo tipo que el del plano físico, que está retenido por el alma a través de su evolución, y que desempeña un importante papel en el proceso del renacimiento. El término radiación es, naturalmente, metafórico, y representa la sintonización de este núcleo con cierto tipo de vibración, y su impresión con ciertas imágenes. Si esto ya se ha hecho, el alma está madura para la muerte, y la última carrera puede que no tenga lugar; por tanto, la ausencia de esta carrera no significa que los procesos de muerte no van como debieran. Por otra parte, cuando ocurre una muerte violenta, si el cuerpo está tan destrozado que la muerte es instantánea, no es posible ninguna radiación del átomo-semilla. Por tanto, los esotericistas mantienen que el alma intenta renacer inmediatamente, antes de que ocurra la segunda muerte, y se marche igual de rápidamente otra vez, habiendo adoptado tan sólo un cuerpo físico el tiempo necesario para salir de la vida en la debida forma. Con frecuencia han señalado las madres y las comadronas que el recién nacido que presente un aspecto extraordinario de inteligencia y de madurez en sus ojos no vivirá. Lo que ven es los ojos de un adulto que les contempla, y todo el servicio que les pide el alma es la ejecución de los ritos de enterramiento propios de su fe. No pretende vivir, sino sólo morir adecuadamente.

Puede parecer que esto supone un gran sacrificio para la madre que ha soportado el dolor de traerlo al mundo sólo para perderlo; pero si examinamos el informe kármico del caso, y ningún ocultista se atrevería jamás a juzgar esta cuestión a la luz de una sencilla encarnación, encontraremos que o bien hay una deuda kármica pendiente, que se salda de esta manera, o bien que si no puede rastrearse deuda alguna, entonces es que se ha ofrecido un crédito kármico. Algunas veces los Señores del Karma tienen una deuda con nosotros que nos hace acreedores de uno de esos repentinos golpes de auténtica suerte, que no podemos explicar con hipótesis que sólo se refieren a una vida. El Buen Samaritano, ese perfecto extraño que nos presta un servicio del todo inesperado, puede ser un alma a quien hemos abierto las puertas del nacimiento y de la muerte en una vida anterior.

Una vez que el alma se ha retirado a salvo, sin embargo, se produce un cambio inmediato. Cualquier persona sensible puede percibir la diferencia entre la atmósfera de la cámara de la muerte, por tranquila que sea, y la atmósfera de la cámara del muerto. Durante la vida, un hombre está bajo el dominio del Arcángel de su raza y del Salvador de su religión; pero después de la muerte acaba este dominio o, mejor aún, sigue al alma y deja al cuerpo a su destino, puesto que ya no le preocupa. El barro vacante pasa entonces bajo el dominio de los Regentes de los Elementos, y las fuerzas elementales de la tierra, del aire, del fuego y del agua extraen cada una lo que les pertenece, para devolverlo a su propio reino. Durante este proceso les ayuda un cierto tipo de vida que pertenece a la forma más primitiva de la existencia, y que pasa rápidamente fuera de cualquier manifestación; me refiero a los organismos unicelulares que viven de la materia muerta, las bacterias saprofíticas que causan la descomposición. Las bacterias parasitarias que se alimentan de materia viva son otra cosa. Pertenecen a ciertas formas de vida cuyos días ya han terminado y que, desafiando la ley de la evolución, se niegan a marcharse del plano físico. Son rebeldes de la ley cósmica, y el creciente conocimiento les expulsa gradualmente de cualquier manifestación.

El curioso «sentimiento» de la cámara mortuoria y el miedo que la mayor parte de la gente experimenta ante un cuerpo muerto están causados por esta apertura de las puertas de los reinos elementales. Los seres de los elementos se encuentran presentes y activos cuando la materia orgánica tiene que desintegrarse y regresar a sus esferas

respectivas. Las personas sensibles sienten su presencia, y dado que los elementales pertenecen a una forma muy primitiva de vida, los encuentran perturbadores. Es por esta razón que no es bueno que los vivos permanezcan en la proximidad inmediata de los muertos.
No obstante, hay cuatro Arcángeles poderosos, llamados los Arcángeles de los Elementos, porque gobiernan los reinos elementales como señores en nombre de Dios. Se trata de Rafael, Miguel, Gabriel y Uriel, y equivalen a los cuatro Evangelistas de la tradición Cristiana. De ahí la oración infantil:
«Cuatro ángeles mi cama rodean, dos a los pies y dos a la cabeza, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, La cama donde duermo vigilan».
Cada rito de muerto debería confiar el cuidado del barro a estos cuatro grandes espíritus ante el trono. Cuando se invocan se descubrirá que esa atmósfera más o menos siniestra que a veces se percibe en la cámara mortuoria se despejará inmediatamente.
Sin embargo, el retorno del polvo del cuerpo no es más que la mitad del proceso de la muerte física, ya que existe otro cuerpo, igualmente físico, igualmente mortal, que se llama el doble etérico. Bien podría llamarse el cuerpo de electricidad, puesto que es un sistema organizado de estreses electro-magnéticos, y en sus redes cada célula y fibra del cuerpo físico están colocadas como botellas en un botellero. Transmite a cada molécula del cuerpo la fuerza vital que mantiene a raya la desintegración, conservando los componentes inestables de materia orgánica en sus formas fugitivas y elaboradas.
La retirada de este doble etérico marca el momento crítico de la muerte, cuando se advierte que desaparece la respiración. Incorporado en él, el alma permanece en una condición inconsciente durante un breve período, desde unas pocas horas hasta tres días; si se prolonga su estancia en el cuerpo etérico más allá de este tiempo, o si el alma se despierta a la conciencia mientras está en el doble etérico, puede decirse que ha ocurrido una de las patologías de la muerte.
Este despertar del alma mientras aún continúa en el doble etérico es lo que, según el dicho popular, hace que su fantasma camine. Sin embargo, dentro del tiempo prescrito, y a no ser que ocurra algo anormal, las fuerzas magnéticas de este cuerpo de electricidad se habrán agotado; sería como una pila gastada, y el alma se escaparía de sus redes rompiendo toda atadura con la materia.
No es esto, sin embargo, lo que llamamos la Segunda Muerte; es más bien la segunda mitad de la muerte física; y mientras ocurre el alma está en la más profunda de las inconsciencias. Ahora se verá por qué es tan imprudente intentar ponerse en contacto con un alma inmediatamente después de que se haya ido, porque podemos despertarla de su sueño etérico y provocar que «camine». No se piense por esto que el esotericista condena la comunicación con los que se han ido; pero hay una manera correcta y otra incorrecta de efectuar esta comunicación, y veces en que puede realizarse con seguridad y para ayudar, y veces cuando mejor sería dejarla sola, y tenemos que saber estas cosas si hemos de tratar correctamente la muerte. Nuestro pensamiento moderno coloca a los adultos en la misma posición en relación con los misterios de la muerte, que la que padecen los niños en relación con los misterios del nacimiento; existe una conspiración de silencio que confunde el tema, y nos coloca en una gran desventaja a la hora de tratar nuestros problemas.

10. PURGATORIO.

Ya hemos hablado acerca del piadoso trabajo del Gran Anestesista que hace que descienda sobre el alma un sueño profundo mientras se desliza por las puertas de la

carne. El cuerpo etérico se esfuma y se desprende silenciosamente, y permanece dormido en ése estado de consciencia que los ocultistas llaman el plano astral.
Pero poco a poco comienza a soñar. Aún están presentes las memorias de su vida terrenal, aunque lejanas y difusas, como las memorias de una primera infancia. Pero no sueña con estos acontecimientos como se nos representan a los que los compartimos; lo que hace es revisarlos desde el punto de vista de su estado existencial presente. Se encuentra en el Mundo del Deseo, y los contempla desde el punto de vista de los deseos realizados o frustrados.
Pero cuando el cerebro despeja la nebulosa de la consciencia, el alma no sólo está consciente en el plano de su existencia presente, sino que la consciencia superior se encuentra igualmente despierta y activa, y durante todo el tiempo que dura esta fantasmagoría de sueño, el ser superior sujeta el espejo delante de la conciencia e invita al alma a que contemple su propia imagen. En todo momento se mantienen ante sus ojos los inexorables estándares espirituales. Al verse obligada a contemplarlos, el alma sufre un conflicto cuya importancia está en proporción con su desviación de esos estándares espirituales. Nada explica tan bien estos estados como la terminología de la psicología analítica. El alma se encuentra en el dolor de un conflicto entre sus aspectos superiores o inferiores. Este conflicto es subjetivo y se expresa en la imaginería del sueño astral, y por eso se dice que el alma está en el purgatorio. Porque el purgatorio es sencillamente la realización forzosa del significado de nuestros propios errores. Su escenario, tantas veces descrito por los santos y los psíquicos, es de la misma naturaleza que la de los sueños, los sueños de las almas que se ven obligadas a enfrentarse con la verdad. Por tanto, este escenario no es en absoluto vagamente fantástico, sino que presenta una relación simbólica bien definida con los problemas del alma, de la evolución y de las reacciones cósmicas. Cada alma posee su simbolismo personal propio, que se deriva de las experiencias de su propia historia, incluso como las encontramos en el psicoanálisis de los sueños. Añádase a esto el simbolismo correspondiente de una fe religiosa, que comparte con todos los miembros de su fe. En consecuencia, el infierno del cristianismo será en muchos sentidos diferente del infierno del musulmán. Por otra parte, tendrán mucho en común, porque hay ciertos símbolos-tipo comunes a todos los seres humanos sensitivos, ya que están formados sobre su experiencia humana común, como el dolor del fuego y la tortura de la sed. Estos sueños-retrato enseñan a cada alma individual que el pecado acarrea un sufrimiento inevitable, puesto que le muestra las consecuencias de su maldad o locura y no puede apartar los ojos. Siente en la imaginación cómo sentiría si realmente hubiese alcanzado el estado descrito por su sueño. El ambicioso Sísifo rueda su eterna piedra colina arriba y no puede descansar; el borracho Tántalo contempla cómo su copa se aparta de sus labios. De esta manera, cada cual aprende la vanidad de su debilidad.
El iniciado no ha creído nunca en la doctrina temible del castigo eterno. Ningún psíquico ha confirmado jamás esta creencia, y ningún espíritu que haya regresado del más allá ha informado nunca sobre el mismo. ¿Qué puede hacer cualquier hombre durante el breve período de tiempo entre el nacimiento y la muerte para merecerlo?
Pero cualquier espíritu habla del purgatorio, y siente por él un respeto total. Pero éstas no son las llamas del tormento eterno, sino los fuegos limpiadores que purifican el alma, como se comprueba el oro en el crisol, eliminando las impurezas, hasta que queda en su estado puro y precioso. Sin embargo, nadie sostiene que las impurezas de una evolución puedan quemarse en el purgatorio de una sola muerte. Pocas almas son tan puras y fuertes que pueden aguantar una prueba tan dura sin que se desintegren sus fibras. Por tanto, en una sola purga no se nos enseña más de lo que podemos soportar o de lo que podemos aprovechar. Se nos permite limpiar una proporción determinada de nuestro

karma, y regresar a la tierra con el resto anudado al cuello, y es este karma sin expiar el que causa nuestros sufrimientos en la siguiente vida. Y entonces, gradualmente, con lo que aprendemos durante nuestra estancia en el purgatorio, y con las enmiendas que realizamos mientras estamos en la tierra, compensamos nuestra karma y ajustamos la balanza. Es así como crece el alma.

Pero aunque el purgatorio es básicamente una experiencia subjetiva, no es del todo subjetiva. Los sueños y sentimientos vivos de las almas que atraviesan esta experiencia crean una atmósfera muy definida a su alrededor. En el plano astral no existen el tiempo y el espacio tal y como lo entendemos nosotros, pero un estado de humor es un lugar, y aquellos que se encuentran en el mismo estado emocional se sienten atraídos mutuamente. ¿No podríamos comprender fácilmente cómo la atmósfera creada por todas las almas que se encuentran en este instante fuera de la encarnación, y que están luchando con odio irrefrenable o con lujuria insatisfecha, diseñaría el escenario del Infierno fuera del plástico éter astral?

Todos los que odian, todos los lujuriosos, se congregan juntos, y es principalmente esa atmósfera acumulativa que crean entre ellos la que provoca reacción en contra del tipo superior de alma, del alma que tiene posibilidades de redención. La transgresión menor, que a nosotros se nos antoja venial, parece muy distinta cuando nos encontramos en medio de una esfera donde innumerable cantidad de almas la llevan a todos sus extremos, y tenemos que vivir en su atmósfera. La indulgencia con los pecados de la carne, que no parece tan mala cuando el pecado lo realiza una sola persona en un ambiente por otra parte limpio, pronto causaría náusea al más endurecido de los habitúes si se viera obligado a practicar su vicio favorito en compañía de millares de personas, que a su vez están haciendo exactamente lo mismo, y no se le permitiera parar cuando estuviese satisfecho, porque en lo irresistible del momento le arrastraría contra su voluntad. Esta es la manera más eficaz de curar los pecados de la carne, y los Señores del Karma la aplican a fondo.

Sin embargo, si un alma se ha elevado muy por encima de sus debilidades durante la vida, o si no está muy afectada por las mismas, su visita al fiero torbellino del purgatorio será breve, ya que su lucha contra corriente pronto le arrojará a la orilla, libre. Nadie, sin embargo, puede escaparse de la experiencia que supone el enfrentarse con sus propias debilidades en compañía de sus iguales. No hay cantidad alguna de misas, de oraciones y de velas que les libre de esto. Podemos, no obstante, concentrar en las almas una corriente telepática que enfoque sobre las mismas las fuerzas espirituales, ayudándoles a triunfar en la realización y en la reacción con mayor rapidez. En breve, podemos aplicar una cura espiritual a las almas del purgatorio.

Mucha gente padece una gran ansiedad en relación a la suerte que pueda correr algún ser querido, que ha fallecido en pecado o sin arrepentirse. Puede reconfortarles el saber que las fuerzas curativas espirituales pueden aplicarse con la misma efectividad a las almas del purgatorio, que el «tratamiento ausente» que pueda dárseles a las almas durante la encarnación. Recordemos siempre que si podemos comunicar telepáticamente durante la vida, no tendremos dificultad alguna en comunicar telepáticamente después de la muerte. Porque si las mentes pueden comunicarse sin medios materiales mientras que ambas se encuentran en la tierra, la posición no se verá afectada materialmente cuando uno de la pareja carece de medios materiales mediante los cuales comunicarse, y tiene que depender exclusivamente de la mente.

Una de las disciplinas ocultas consiste en revisar cada noche los acontecimientos del día en sentido inverso; es decir, de la noche a la mañana. Aunque esto puede ser un poco confuso al principio, porque la mente naturalmente intenta seguir su secuencia habitual de causa y efecto, uno pronto se habitúa a ello y no experimenta dificultad alguna. Existe

una doble razón para esta operación. La primera es acostumbrar a la mente a trabajar fuera de su secuencia normal y permitirle así rasgar el velo del nacimiento y recuperar la memoria de encarnaciones pretéritas; y la otra es mantener la deuda kármica dentro del límite. Al corregir cada día cualquier error que hayamos podido cometer, evitamos que aumente nuestra deuda con el purgatorio. Naturalmente, si nos limitamos a corregirlos cada día para volver a repetirlos al día siguiente, no nos hacemos mucho bien a nosotros mismos, porque aunque podamos haber neutralizado esa parte del karma, estamos adquiriendo no obstante una naturaleza aún más desagradable, ya que nos estamos asegurando una plaza de las que hay reservadas para los hipócritas en el infierno; y es difícil imaginar algo más doloroso que el desenmascaramiento de un hipócrita hasta las profundidades de su alma egoísta y cobarde. Los molinos de Dios muelen extremadamente fino —y no tan despacio tampoco, después de todo—.

Recordemos, no obstante, que el purgatorio ni es punitivo ni es retributivo, sino esencialmente curativo para el alma. La cauterización del fuego del infierno limpia las heridas sépticas que nos ha dejado la vida. Después de esa cauterización hay una cura limpia. Por tanto, limpiemos a lo largo de nuestra vida todo lo que podamos haber hecho mal, bien sea por maldad, por error o por debilidad. Si podemos curarnos de nuestras tendencias perversas, el infierno no tendrá que enseñarnos ninguna lección, puesto que ya las habremos aprendido. Y por último, cuando llegue nuestro tiempo de morir, afrontémoslo con coraje, sabiendo que nuestra pesadilla no durará mucho; vayamos a nuestro purgatorio como iríamos al dentista, sabiendo que va a ser más o menos doloroso, pero no más de lo que puedan resistir y beneficiarse la carne y la sangre. Y, sobre todo, démonos cuenta de que nos encontramos en manos expertas.

11. EL MUNDO-CIELO.

Se oye mucho acerca del mundo-Cielo en las comunicaciones espiritualísticas, y a muchos les repugna la idea porque piensan que todo se representa de una manera demasiado material. Leen que Raymond está fumando cigarros puros y bebiendo champagne, y piensan que ése no es el cielo que ellos esperaban. Por otro lado, leen descripciones de un suelo dorado y de juegos permanentes, y sienten que esto tampoco les atrae. Un tipo muy superior de Cielo es el que describen los espíritus, que nos dicen que los artistas pintan cuadros maravillosos sobre lienzos ilimitados; o el científico que penetra en los secretos de la naturaleza con sólo mirarlos. Por maravilloso que pueda parecer, instintivamente presentimos que hay algo mal, porque no todo esto suena a verdad. Es más, pensamos que estaríamos muy aburridos incluso si fuera cierto, porque no hay placer en la perfección de toda una vida, sin esfuerzo. Una parte importante de nuestra alegría ante el éxito radica en el triunfo que supone la superación de dificultades. No puede haber una alegría parecida en un Cielo sin esfuerzo.

Para mucha gente, también, no puede haber alegría en un Cielo donde no estén incluidos sus seres queridos.

Pero ¿qué podemos decir ante estas afirmaciones contradictorias que violentan nuestros instintos más profundos? No todos pueden ser correctos. Pero no obstante, ¿están todos equivocados? ¿Cómo debemos entenderlos? En primer término, debemos darnos cuenta de que el Cielo es un estado de consciencia, y no un lugar. La mente pura es independiente del tiempo y del espacio, como bien sabemos por los sueños, bien sean los sueños que tenemos durante el día o mientras dormimos. Podemos fantasear que nos encontramos en el antiguo Egipto, o en la lejana Catay, y en lo que a la consciencia se refiere, nos encontramos allí por el momento. Vemos los paisajes, y oímos los ruidos de aquellos tiempos y lugares en proporción a la viveza de nuestra imaginación.

Cuando estamos recién muertos, somos sencillamente mentes incorpóreas y obedecemos las leyes que rigen la consciencia de los sueños. El purgatorio es nuestro sueño de remordimiento y purificación, y el mundo-Cielo es nuestro deseo realizado. Freud nos relata la historia de un niño cuya madre le había limitado la ración de cerezas, y que se levantó al día siguiente anunciando: «Hermann se ha comido todas las cerezas.» Su sueño había realizado el deseo frustrado del día anterior.
Así, durante el sueño de la muerte, los sueños que hemos tenido durante nuestra fase de Cielo-mundo son deseos realizados. Pero son algo más que meras gratificaciones de la fantasía. Afluyen desde las meditaciones profundas de la mente en torno a sus esperanzas y sus ideales. Puede que no nos parezcan muy elevados, pero representan la fase de la experiencia que está atravesando ese alma en particular en su evolución, y puede que sea necesario que ese alma experimente la realización de sus esperanzas para que pueda aprovechar la lección. El cielo mahometano, con sus huríes, puede no resultar atractivo para el occidental, pero debe ser muy poderoso para enviar a miles de devotos fanáticos a muertes de inmolación para que pueda esparcirse su fe entre los infieles, y esa fe ha sido una gran fuerza entre muchas tribus que, por su primitivismo, no podían responder a una llamada más sofisticada. No debemos juzgar el Cielo de otro hombre con nuestros propios parámetros. Su Cielo es su deseo realizado, y no el nuestro. Debemos afrontar el hecho de que el Cielo de un ladrón escalador estaría lleno de porches de fácil acceso.
Cuando pedimos a los espíritus de los que se han marchado que regresen para contarnos sus experiencias en el mundo-Cielo al que han ido, estamos escuchando el relato de sus sueños mientras duermen en la muerte. Sólo cuando tenemos la suerte de acceder a una de las almas liberadas de la rueda del nacimiento y de la muerte, que continúan su trabajo benéfico en favor de la humanidad desde los Planos Interiores, en vez de retirarse a su descanso; en otras palabras, sólo cuando entramos en contacto con un Maestro, sólo entonces escucharemos un relato del mundo-Cielo que nos proporcione una verdadera comprensión de su naturaleza y de la relación de sus partes con el total. El relato que proporciona una persona recién fallecida es comparable al relato que pueda proporcionar un enfermo desde su cama, sobre el funcionamiento de un gran hospital. Sólo puede ver una parte muy pequeña del total, y carece de medios para evaluar su significado.
El relato que nos proporcionan los guías, los espíritus amigos y otros cuya tarea sea la de asistir a los que se han ido, es equivalente al que podríamos obtener de las enfermeras del citado hospital. Hasta que no oímos las clases que los médicos imparten a los estudiantes, no empezamos a captar el significado y el alcance de la gran institución que estamos investigando.
El purgatorio es un hospital para almas enfermas, donde se les opera. El mundo-Cielo es en primer lugar una casa de convalecencia, y después una escuela. En los campos inferiores del Cielo, descritos con tanta frecuencia en las comunicaciones desde los Planos Interiores, las almas descansan y se recuperan, soñando sueños agradables que les alivian y les hacen felices. Pero una vez ha cubierto su objetivo, esta fase termina para dar paso a la siguiente.
Para comprender el significado de estas fases de inter-encarnación, debemos entrar con cierta profundidad en la filosofía del tema. Como ya hemos señalado, el cielo, al igual que el infierno, son estados de consciencia y no lugares. Pero si analizamos bien los datos del tema, encontraremos que la tierra también es un estado de consciencia. La física moderna ha demostrado de manera concluyente que la materia es sencillamente una forma de fuerza que, debido al hecho de que está en equilibrio, nos parece estática. No existe cosa semejante a lo que vulgarmente se conoce como materia densa. Cuando te

das un «chispazo» en la carbonera, es porque en realidad has topado con resistencias eléctricas. La encarnación es el estado de consciencia que percibe estas formas de fuerza. La descarnación o muerte es el estado de consciencia que ya no las percibe, pero que se ha convertido en subjetivo y sólo se preocupa del contenido de su propia consciencia. Con la muerte se cierran las puertas de los sentidos. Por lo demás, el hombre permanece igual. De hecho, podemos decir que vista desde el ángulo del alma, la muerte significa sencillamente el cierre de las puertas de los sentidos. Si la consciencia de un hombre está totalmente limitada a los cinco sentidos físicos, aunque tales hombres sean infrecuentes, está tan encerrado en sus propios pensamientos y tan inaccesible como el durmiente que yace olvidado de todo en la cama.

¿Pero acaso este sueño de la muerte no produce otra cosa que no sean sueños agradables y descanso? No, hace mucho más que esto. Cualquiera que esté familiarizado con la práctica del trabajo mental y la meditación sabe lo poderosa que puede ser la meditación concentrada de la mente sobre algún ideal espiritual. Las alturas del cielo son las montañas de la meditación. El alma, apartada de las impresiones de los sentidos, está creando formas de pensamiento y proporcionándose a sí misma auto-sugestión. Estos procesos juegan una parte importante en la formulación de los vehículos de corporeidad cuando le llegue el momento de reencarnarse.

El artista que sueña con su sueño de lienzos cósmicos está creando una facultad. La realización en la tierra de esta visión estaba limitada por la destreza de la mano y del ojo. En el mundo-Cielo carece de estas limitaciones, y los cuerpos proyectan su visión como lo ven. Esto supone facultad, y cuando se reencarne, habrá progresado en la creación de un vehículo físico para sí mismo donde la mano y el ojo cooperarán con la visión interior dándole forma. La vida después de una vida de esfuerzo, junto con la intervención de períodos de meditación en las fases interiores, gradualmente hacen del alma lo que quiere ser. Si sus deseos son indignos o inciertos, los influjos del purgatorio, regulares y recurrentes, neutralizan sus esfuerzos. Como en el caso de Penélope, lo que se ha tejido durante el día se deshace durante la noche.

Esas cosas que durante nuestra vida terrenal hemos realizado, sin conseguir alcanzarlas, se logran en el cielo. Este éxito subjetivo construye la facultad, y volvemos a la encarnación con el poder latente para tener éxito. La vida ha cumplido con nosotros cuando proporciona realización, incluso si somos incapaces de alcanzar nuestras realizaciones, ya que en la vida siguiente éstas estarán a nuestro alcance.

12. LA COMUNICACIÓN CON LOS MUERTOS.

El tema de la comunicación con los muertos es bastante enojoso. Algunas personas lo consideran completamente libre de cualquier elemento perjudicial o incluso de error, y piensan que no sólo no es totalmente innecesario, sino incluso blasfemo «acercarse a los espíritus, aunque sean de Dios». Otras, y entre estas últimas se encuentran muchos ocultistas, consideran que cualquier intento de comunicarse con los muertos es objeto de graves objeciones y puede resultar perjudicial tanto para los vivos como para los muertos. Como en la mayoría de los demás temas, el término medio entre los dos extremos es el camino de la sabiduría. Examinemos estos dos puntos de vista y veamos dónde queda ese término medio. Intentemos comprender los factores implicados en la comunicación con los muertos, y consideremos los principios que deben regir nuestras relaciones con ellos, puesto que de hecho mantenemos relaciones con ellos, aunque estemos conscientemente en comunicación o no. Mientras vivan en nuestra memoria existe una relación psíquica entre nosotros. Mientras sintamos alguna emoción hacia ellos, sea de amor, de pena, de resentimiento, o de miedo, nos mantenemos activamente en contacto

con ellos; les afectamos, y ellos nos afectan. En consecuencia, debemos esforzarnos con todos los medios a nuestro alcance por conseguir unas relaciones correctas con los que se han muerto, y la manera más efectiva para lograr estas relaciones correctas es mediante el conocimiento preciso de las condiciones intervitales.

La persona que acaba de morir conserva la misma consciencia que tenía en su nivel terrenal. Despierta del sueño de la muerte, al que ha sido arrojado por el Gran Anestesista en un estado mental exactamente idéntico al anterior a su muerte. En este estado resulta fácilmente accesible desde el plano terrenal. Esta condición se difumina pronto, a no ser que se renueven y se mantengan vivas sus memorias mediante las comunicaciones a través de un médium. Siempre que el alma sin cuerpo tenga un carácter normal y armonioso, no perjudica ni a los vivos ni a los muertos intercambiar saludos durante esta fase del período de desencarnación. De hecho, si el alma que se ha ido tiene en la mente algunos problemas sin resolver, o está preocupada por sus seres amados, entonces sería muy ventajoso ofrecerle la oportunidad de descargarse y concluir cualquier arreglo que él mismo no pudiera realizar antes de que le llegara la muerte. A veces, las almas no pueden descansar hasta que no han hecho esto, y permanecen en este estado intermedio, intentando ansiosamente que se les oiga desde el plano terrenal. Para estas almas, el médium puede desempeñar un gran servicio.

Debemos recordar siempre, no obstante, al tratar con los que se han ido, que en un proceso normal de muerte esta fase es comparativamente corto, cuestión de meses como máximo, y que si mantenemos la atención del alma desincorporada enfocada en el plano terrenal mediante «llamadas» continuas a través de un médium, puede que se despiste y no caiga en el segundo sueño que preludia la segunda muerte. De hecho, podemos forzarle a desarrollar un insomnio astral, y «caminará», como bien dice el refrán. Puede ocurrir que los espíritus adquieran vínculos terrenales sencillamente porque se les ha mantenido demasiado tiempo fuera del sueño astral, y se adaptan a una condición intermedia en vez de continuar con los procesos de muerte y alcanzar la siguiente fase de los estados inter-vitales.

En términos generales, mientras que puede justificarse «llegar» una o dos veces hasta los que amamos después de que hayan muerto, no es aconsejable seguir haciéndolo porque es perjudicial tanto para ellos como para nosotros. Por otra parte, conviene dejarles en paz para que puedan hacerse cargo de sus obligaciones en la nueva vida, y se introduzcan plenamente en sus experiencias; mientras, por nuestra parte, también debemos considerar algunas cuestiones. El contacto con los estados no físicos de la existencia tiene un efecto peculiar en los vivos, intentando retraerles del plano de la vida objetiva y descoordinar la consciencia. Esto ocurre incluso cuando las entidades comunicantes son del tipo máximo, y todos los que han tenido alguna experiencia en estas cuestiones saben bien que debe tomarse la precaución de cerrar las puertas detrás de nosotros, cada vez que regresemos de alguna incursión en la casa de la carne. Personas carentes de instrucción sobre estas cuestiones no comprenden ni la necesidad ni la técnica de estos procedimientos. El médium de tipo alto, el que trabaja con buenos guías, está protegido por los propios guías, que se encargan de cerrar las puertas desde su lado del Velo. Pero el que carece de guías que le protejan puede escaparse de la habitación de sesiones con la cabeza dando vueltas a causa de las experiencias que acaban de atravesar, y si es susceptible, puede que incluso se encuentre en un estado semi-psíquico. En la visión del clarividente aparecerá rodeado de una hueste de seres que han sido atraídos a su esfera durante la sesión, y que no se han dispersado una vez finalizada. Hay que subrayar que psíquicos muy bien entrenados tienden a olvidar sus experiencias en los Planos Interiores tan pronto como se cierran las puertas detrás de ellos, y la memoria permanece descansando hasta que es reclamada de nuevo por la

concentración de pensamiento en los Planos Interiores. Es muy necesario tanto para la salud como para la estabilidad del psíquico que sea capaz de mantener los planos de consciencia estrictamente separados, y ésta es precisamente una de las primeras cosas que aprende a hacer cuando se le ha enseñado la técnica de los Misterios. La persona inexperimentada carece de dicha técnica, y puede que no tenga a nadie que le aconseje, y por tanto, es posible que las consecuencias sean poco satisfactorias, o incluso desastrosas. Queda descoordinada y descolocada en el plano físico, creciendo la credulidad a base de su propia alimentación, hasta que se sobrepasan los límites de la existencia racional y se pone de manifiesto el desequilibrio mental.
El tema de la investigación a cargo de investigadores cualificados tiene una base distinta; en la mayoría de los casos se ocupan de un tipo de entidad distinta a las que sobrevienen a la llamada de los que han quedado atrás. Se ocupan de entidades que están cooperando consciente e inteligentemente en la investigación, o que han comparecido a requerimiento de las entidades cooperantes. Es más, puesto que los investigadores tienen experiencia, saben bien cómo conducir sus investigaciones sin dañar a sus comunicantes.
Es un impulso natural para quienes han perdido a un ser amado el precipitarse a cualquier fuente que ofrezca una esperanza de contactos renovados, pero al hacer esto es preciso ser cautos y proceder con discriminación. No es suficiente obtener un mensaje evidencial, y debemos contentarnos con obtenerlo en condiciones que no perjudiquen ni a los muertos ni a los vivos, y éstas son condiciones que deben respetarse cuidadosamente con especial atención a todas las circunstancias del caso y al temperamento del alma descorporeizada.
El movimiento Espiritualista ha prestado un servicio incalculable al estrechar el golfo que solía separar a los vivos de los muertos. El hecho de la supervivencia de la muerte corporal ha quedado establecido más allá de cualquier duda posible, por cualquier persona razonable que se tome la molestia de familiarizarse con la evidencia. Si queremos hacer lo mejor posible por los seres que amamos y que se han ido, aceptaremos el hecho de la supervivencia en la base de la evidencia que ya tenemos disponible, y dejar que nuestros seres amados sigan en paz su camino. Si no les va del todo bien, ellos mismos pueden tomar las medidas necesarias para llegar hasta nosotros. Dejémosles a ellos la iniciativa. Es mucho mejor para todos los afectados no llamarles por cualquier razón, excepto que sea de la máxima gravedad. Pero por otra parte, si un psíquico nos informa espontáneamente que alguien desea ponerse en contacto con nosotros y nos proporciona evidencia clara sobre la veracidad del mensaje, no debemos dudar en responder. Pero una vez más se requiere aquí una gran cautela, dada la naturaleza del ser humano, ya que se conocen casos de psíquicos que, cada vez que oyen hablar de una muerte, hacen lo posible por ponerse en contacto con los familiares e inducirles a realizar una «sentada» —¡a tanto la sesión!—

13. LAS PATOLOGÍAS DE LA MUERTE 1.

Hasta aquí hemos estado considerando en nuestros estudios el curso normal de la muerte; pero si debemos comprender la naturaleza de la muerte y sus problemas, debemos considerar también qué ocurre si los procesos de la muerte no siguen su curso normal y el alma no puede liberarse de las ataduras de la materia, y deambula indebidamente por un estado intermedio.
Las patologías del proceso mortal pueden ocurrir en dos puntos: el estado mental de la persona a punto de morir puede ser tal que le impida caer en el sueño de la muerte; o, aun habiéndose marchado sin problemas, puede o bien negarse o bien sentirse incapaz

de pasar a la Segunda Muerte, deambulando indefinidamente en un estado intermedio, y convirtiéndose con el tiempo en un ser cada vez más anormal. Hay varias formas diferentes para cada una de estas patologías, que debemos considerar detalladamente. El tema es verdaderamente terrible, pero la mejor manera de sobreponerse al miedo es enfrentándose a él, y nunca sabemos cuándo podemos encontrarnos cara a cara con estos problemas. La comprensión de su naturaleza les despoja del terror supersticioso del que les rodea la creencia popular, y les traslada a la esfera de aquellas cosas con las que podemos enfrentarnos y tratar.

El espíritu con el que una persona se enfrenta a la muerte es del todo importante a la hora de determinar la armonía o lo que fuere de los procesos de la muerte. De la misma manera que un niño nonato «presenta» a las Puertas de la Vida la faja huesuda del arco pélvico, y su nacimiento es normal o anormal, según su presentación, así ocurre cuando se «presenta» el alma que se marcha a las puertas de la muerte. Y de la misma manera que debe entrar en la vida con la cabeza primero, también debe salir de la misma con el máximo nivel de consciencia separada de cuestiones terrenales, y arrastrando los centros inferiores. Porque el extraer la consciencia inferior por medio del cuerpo colapsado antes de que la consciencia superior ponga pie firme en lo desconocido es una experiencia agotadora. Los psíquicos se encuentran frecuentemente con almas en los Planos Interiores que han pasado por esta experiencia, y que invariablemente se encuentran confusas y entristecidas como perros perdidos hasta que se capacitan para realizar el reajuste y controlar su nueva vida. Una proporción importante del servicio que se presta en los Planos Interiores está dirigida a «redondear» estas almas errantes y ayudarles a encontrar su lugar correcto.

Esta es la razón por la cual la Iglesia reza para que nos libremos de una muerte repentina, ya que el alma necesita prepararse antes de separarse del cuerpo. El alma del hombre asesinado instantáneamente, o que muere sin recuperar la consciencia, se encuentra con algunas dificultades que tiene que superar, y que no suelen afectar a las personas que mueren de manera gradual y natural. Sin embargo, en los Planos Interiores hay encargados que se ocupan de las almas inocentes arrojadas violentamente fuera de la vida, y de minimizar su disgusto. Los psíquicos nos dicen que estos Vigilantes revolotean como halcones en el Próximo Más Allá aguardando a las almas que salen, y acercándose rápidamente a las que muestran cualquier síntoma de abatimiento. Es muy raro que las almas que salen a la vida futura no tengan algún amigo que no haya pasado ya y salga a darle la bienvenida; pero si han de ser expulsadas violentamente, por así decirlo, del plano terrenal, de espaldas, luchando y resistiéndose, con el rostro vuelto hacia el plano que acaban de abandonar, y no se les puede inducir a que se den la vuelta y miren el plano en el que entran. Se trata de un caso de mala presentación en el plano de la muerte, y se requiere un cuidado esmerado para restablecer la normalidad.

El hombre que tema mucho a la muerte es, pues, susceptible de «malpresentarse», haciendo así la nueva vida con sufrimiento, dificultades y peligro. Si presenta batalla hasta el último suspiro, puede que el Gran Anestesista no consiga realizar su compasiva tarea, y esa alma atravesará el proceso de la muerte en plena consciencia. Por lo general, esas almas no parecen darse cuenta de que han muerto. Están acostumbrados a considerar la muerte como sinónimo de la extinción de consciencia, y si descubren que no la han perdido y que aún conservan, por lo menos en su propia imaginación, el mismo cuerpo que han tenido siempre, aunque sea desprovisto de sensación o de peso, se requiere cierta persuasión para convencerles de que han atravesado las Puertas de la Muerte y que ya no tienen cuerpo. Aún se ven a sí mismos con sus formas acostumbradas, y no se les puede convencer de que se den cuenta de que sólo se trata de una idea producto de su propia imaginación, y que nadie más puede verlo, excepto un

psíquico. Naturalmente, asocian esta forma con sus fantasmas familiares, y porque creen que están allí, ipsofacto, pues están allí, y pueden ser apercibidos por los psíquicos y sentidos por cualquiera de sus amigos que sea mínimamente sensible, a menudo con resultados desgraciados. La persona que ve venir la muerte, sin embargo, sabe qué esperar, y cuando se despierta del sueño de la muerte se encuentra preparada para encontrarse sin su cuerpo físico, y por tanto no tiene dificultad alguna en realizar su ajuste. De hecho, gente que ha estado a las mismas puertas de la muerte y ha regresado, han informado con frecuencia que cuando recobraron la consciencia, quedaron asombrados de encontrarse vivos, y en un primer momento no hay manera de convencerles de que realmente no han muerto.
El hombre muerto que no sabe que está muerto recibe naturalmente un shock cuando se da cuenta de que es intangible para aquellos con los que desea poder ponerse en contacto. Habla con los que le vigilan al pie de la cama, y no le contestan. Extiende una mano para tocarlos y atraer su atención, y atraviesa el hombro sobre el que quería posarla. Para él, son fantasmas, y está sobrecogido de asombro. Vagabundea de lugar en lugar por parajes familiares, intentando abordar a los que conoce, pero éstos sólo pueden prestarle un oído sordo. En un momento dado, no obstante, puede encontrar a alguien que, al ser un psíquico, puede darse cuenta de su presencia.
Llegamos ahora a una cuestión importante, especialmente importante para los lectores de estas páginas, quienes, al estar interesados en estos temas y prestarles atención, se encuentran por lo general en posesión de algún grado, por lo menos, de percepción de lo Invisible, y de hecho, en mayor medida a veces de lo que ellos mismos se dan cuenta. Deben ser sumamente cuidadosos cuando se ocupen del alma sin cuerpo y horrorizada, o pueden encontrarse en la misma situación de un rescatador frustrado. Lo más prudente que pueden hacer, a no ser que sean psíquicos experimentados, es negarse a intentar proceder a un rescate para el que están mal equipados, y reclamar rápidamente ayuda, pidiendo en concreto los servicios de alguna persona o grupo que posea el conocimiento necesario para hacerse cargo del alma extraviada, y ayudarle a ajustarse y avanzar en el viaje de la muerte hacia la luz plena. Porque, recuérdese esto, una vez que el alma ha cruzado la Gran Barrera, el camino de la luz se extiende hacia delante y no hacia detrás; lo único que debe hacerse es empujarle fuera del plano terrenal hasta que esté en nuestro poder, para impedirle que ponga el pie en una orilla oscura y resbaladiza, que le conduciría hacia las aguas de Lethe. Le obligamos a darse la vuelta y nadar hacia la otra orilla, le guste o no; es lo más caritativo que puede hacerse, aunque se resista gritando, y puede nadar perfectamente si lo intenta. Con cada brazada que le aleje de la orilla oscura de la Muerte-en-Vida, se aproxima más a la Vida-después de la-Muerte. Está luchando desde la oscuridad hasta el amanecer, y el camino se hace más luminoso a medida que avanza. No tengamos miedo de los muertos cuando vengan a nosotros, pero tampoco permitamos que una entidad acorpórea aterrorizada se aferré a nuestro cuello, como un ahogado, en su esfuerzo por seguir en el plano de la forma. La cobardía de un alma que se ha ido puede evocar nuestra compasión, pero no puede dominar nuestra simpatía y no deberíamos tolerárselo. Hacer esto no le ayudaría, y por el contrario, le condenaría a una suerte terrible, la suerte de los que quedan vinculados a la Tierra. Debe obligársele a toda costa que se libere de sus vínculos con el plano de la forma, e inducirle a que emprenda su viaje hacia la Gran Luz que alumbrará incluso su oscurecida conciencia.
El hombre que muere por accidente, abandonando repentinamente la vida en plenitud de facultades, se encuentra por lo general deslumbrado, pero no abatido, porque la muerte le ha llegado muy deprisa. No siente nada, y su mente está más o menos en blanco, o trabajando muy despacio e inconexamente. Los periódicos suelen subrayar a veces la extraordinaria fortaleza de los que han sido dañados seriamente en un accidente;

cualquiera que haya estado en un accidente sabe que el shock es su propia anestesia, y el dolor y el colapso vienen después. A veces no saben siquiera que están heridos hasta que alguien no se lo indica. La importancia del daño está invariablemente en proporción inversa a los gritos.
En casos de daños que afectan a la cabeza, una persona puede deambular durante días, o incluso semanas antes de fallecer finalmente. En estos casos, suelen estar en su mayoría tan inconscientes en los Planos Interiores como en el plano físico, pero hacia el final del tiempo, cuando el cuerpo se prepara para liberar al alma, puede haber breves períodos de sueño durante los cuales pueden echar un vistazo más o menos nítido de los Planos Interiores. En tales casos, el alma que se marcha puede recibir una gran ayuda con los ritos del moribundo, aunque esté inconsciente, y debe haber oraciones, al lado de la cama si es posible, incluso cuando exista una inconsciencia profunda, y esto debe mantenerse hasta que exhale el último suspiro. Si no se puede estar presente al lado de la cama, imagínese que está allí, y estará presente en espíritu, y el alma que se marcha, al despertar a la consciencia psíquica, le verá, aunque los que se encuentren allí no puedan verle. De esta manera, se puede ofrecer mucha ayuda, y el alma se encuentra preparada subconscientemente para partir, incluso cuando no exista una preparación consciente.

14. LAS PATOLOGÍAS DE LA MUERTE 2.

El miedo intenso, como ya hemos visto, impide que el alma caiga en el sueño de la muerte y atraviese los procesos de la muerte de una manera normal y armoniosa. Debemos pensar, no obstante, que hay dos clases de miedo, el miedo de la persona que no sale como debiera al encuentro de la muerte cuando le llega, y el miedo de la persona que está siendo atacada. En el último caso, el miedo no es por la muerte, sino por el atacante. Las almas que se sienten expulsadas de la vida violentamente quedan fuera del sueño de la muerte a causa del miedo, tanto como los demás, y no se dan cuenta de que ya no tienen cuerpo, y que están más allá del alcance de su atacante. Durante un tiempo hay terror y confusión, pero eso pronto se acalla con el servicio de los Auxiliares Invisibles. No debemos preocuparnos por el bienestar de las almas de las víctimas inocentes de la violencia. Pronto pasan al lugar que les corresponde, y rápidamente se les aplaca y devuelve a su estado normal.
La idea formal de su miedo, no obstante, es otra cuestión, y puede permanecer en el lugar donde ocurrió el crimen como una imagen muy viva que permanece en el ambiente mental del lugar. Si alguien llega allí en quien se ha tejido muy flojamente el doble etérico de manera que posea alguna capacidad como un medio en potencia, el ideal formal puede cobrar incluso un aspecto difuso y pueden oírse de nuevo los ruidos de la pelea. Hay que darse cuenta claramente, sin embargo, de que la infortunada víctima de un crimen no está atada a la tierra y obligada a visitar el lugar de su asesinato, ya que lo único que permanece es la imagen mental generada tanto por el asesino como por la víctima. Nadie sufre; resulta alarmante y desagradable, pero no peligroso, y puede dispersarse rápidamente mediante métodos apropiados, algunos de los cuales, adecuados para las personas que no han sido entrenadas como ocultistas, he descrito ya en mi libro «Autodefensa Psíquica».
La práctica de celebrar un servicio en el lugar donde ocurrió una muerte violenta puede ser también muy valiosa, ya que rompe cualquier idea formal que puede haber quedado en el éter reflector. En primer lugar, permite la concentración mental en la meditación de una manera mucho más efectiva que si se hiciera sin un punto focal en el que pudiera centrarse la mente. En segundo término, favorece la sincronización en la meditación de

varias personas, reforzando así de una manera importante el efecto de su trabajo. En momentos de tensión emocional y de «shock» no resulta fácil concentrar la mente y salirse del círculo vicioso de esos pensamientos tristes que vuelven una y otra vez, pero la mente puede seguir una forma de palabras que se le ponen delante en un momento en que se siente incapaz de formular cualquier meditación por sí misma.
Ese breve servicio subsiguiente puede resultar de gran ayuda al proporcionar reposo al alma de una persona que haya dejado de existir repentinamente y sin preparación, a la vez que tranquiliza y reconcilia los corazones de los que se quedan detrás. Incluso cuando no hay nadie que asista a la realización de la ceremonia, debe no obstante leerse en voz alta, siguiendo las instrucciones de las acciones adecuadas. No es tan efectivo como si se realizara en silencio.
Si no es posible realizar esta ceremonia en el lugar de la tragedia, aquel que realice el papel de celebrante deberá tener en la mano algo que esté íntimamente asociado con el muerto.
El ritual puede realizarlo una sola persona, pero es mucho más hermoso y efectivo si lo realizan dos, reforzándose el uno al otro. En nuestra terminología se les llama ministro y lector.

RITUAL PARA LA PAZ DEL ALMA QUE HA FALLECIDO DE MUERTE VIOLENTA O REPENTINA.

Ministro: Con la marea se hará la luz.
Lector: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién he
de temer? El Señor es la fuerza de mi vida, ¿de quién he de tener miedo? Aunque una hueste se ponga contra mí, mi corazón no temerá; aunque se declare una guerra contra mí, estaré contento con esta voluntad. Hubiera desfallecido de no haber creído ver la bondad del Señor en la Tierra de la Eternidad. Confía en el Señor, sé valeroso, y El fortalecerá tu corazón. Confía, te digo, en el Señor.
Himno 193: (Todos y el ministro).
«Jesús, amante de mi corazón.»
Ministro: (Arrodillándose):
Padre siempre amante y celestial, contempla nuestro dolor por el que (los que) ha sido repentinamente arrebatado de nuestro lado en la plenitud de la vida, y fortalécenos para que tengamos coraje y confianza en Tu incansable misericordia.
Todos: Amén.
Ministro: (Levantando la mano derecha como para llamar la atención, y apretando contra el pecho la reliquia del muerto que sujeta en la mano izquierda.)
Llamemos ahora a nuestro amigo (dice el nombre completo) para que se una a nuestro servicio, y adoremos todos juntos a nuestro común Padre Misericordioso.
(Todos los presentes se imaginan al muerto de pie delante del ministro.)
Ministro: Recemos.
Todos: (Arrodillándose, e imaginándose al muerto que se arrodilla con ellos.) Jesús, hijo de María, ten piedad de nosotros. Cristo, hijo de Dios, ten piedad de nosotros. Jesús, hijo de María, ten piedad de nosotros.
Ministro: ¡Oh! Jesús Maestro, Señor del amor y de la compasión, que descendiste al lugar de la muerte y predicaste a los espíritus encarcelados, toma, te suplicamos, el alma de nuestro ser querido en Tu cuidado amoroso. ¡Oh! Tú, buen pastor, busca lo que se ha extraviado y recon-duce al alma descarriada sana y salva a Tu abrazo.
Todos: Amén.
Ministro: Unámonos todos en la Oración del Señor.

Todos: Nuestro Padre.
Lector: Jesús dijo: «Venid a Mí todos los que estáis cansados y abatidos, y Yo os daré reposo. En verdad, en verdad os digo, que está llegando la hora, y que ahora es cuando los muertos oirán al Hijo de Dios, y los que escuchan vivirán. El pueblo, que estaba sentado en la oscuridad, vio una gran luz, y para los que se sentaban en la región y sombra de la muerte, se hizo la luz.
Ministro: ¡Oh! Padre de las Luces, en quien no se hace ni la oscuridad ni la sombra, envía, Te suplicamos, a los ángeles de Tu Presencia para guiar a nuestro ser querido, que ha cruzado las puertas de la muerte sin estar preparado, para que no se extravíe como una oveja perdida en las montañas, y se recoja a salvo en el abrazo de Tu Hijo nuestro Salvador, Jesucristo.
Todos: Amén.
Himno 223: (Todos y el Ministro.)
«Regocíjate, regocíjate, alma mía, porque crecen los cánticos angelicales.»
Ministro: (Arrodillándose.)
Señor, consiente ahora que Tu siervo se marche en paz, según Tu palabra, para que pueda entrar en Tu reposo hasta que Te plazca llamarle de nuevo a Tu servicio.
Todos: Amén.
Ministro: (Levantándose y haciendo la Señal de la Cruz sobre el lugar donde se supone ha permanecido de pie el muerto.)
Parte en paz, querido amigo, marcado con la Señal de Cristo.
Himno 300: (Todos y el ministro.)
«Saludemos todos el poder del nombre de Jesús.»
Ministro: Que la paz de Dios sea con todos nosotros hasta que amanezca el día y huyan las sombras.
Todos: Amén.

Hay ciertos puntos que deben observarse si se quiere que esta ceremonia tenga una eficacia mágica. En primer lugar, debe existir algún vínculo con el muerto, y este vínculo puede ser de muchas formas. Puede ser un vínculo de lugar, cuando la ceremonia se realiza en el sitio de la tragedia; o puede ser el vínculo del tiempo, cuando se realiza en el aniversario de la tragedia; o puede ser lo que los ocultistas conocen como el vínculo magnético, es decir, algún objeto íntimamente asociado con el fallecido, que está cargado de su magnetismo, y que no ha sido manipulado por otras personas desde la última vez que lo utilizó. El método más eficaz requiere el uso de al menos dos de estos vínculos simultáneamente.

Todos los que toman parte en la ceremonia deben visualizar al muerto de pie en un lugar concreto, e imaginárselo entrando en el ritual del servicio, arrodillándose cuando se arrodillan y rezando con ellos. Esto crea una idea formal que, a su vez, proporciona un punto de contacto con el espíritu que se ha ido. No está concebido para generar una materialización, porque esto último sería indeseable, sino porque es esencial para la eficacia de la operación conducente a la obtención de la presencia del que se ha ido; la visualización de su forma física y la llamada simultánea de su nombre resultan la forma más rápida de conseguirlo.

Este método sólo debe utilizarse cuando se desea entrar en contacto con el alma que se ha ido, que puede estar deambulando por el plano astral, al objeto de ayudarle a seguir en su viaje y completar el proceso de partida que la muerte violenta e imprevista puede haber desorganizado. Emplearlo para inducir al alma que se ha ido a que regrese una y otra vez para que nos consuele en nuestra aflicción es injustificable, porque resulta perjudicial para el alma mantenerla así en la esfera terrenal. Su condición puede

parecerse a la de un hombre que ha intentado saltar un arroyo y ha perdido pie, cayendo en el barro y en el cañaveral de la orilla más próxima. Le llamamos, atraemos su atención, y extendemos una mano hacia él para traerle de nuevo hasta la orilla; pero sólo debemos hacer esto para proporcionarle un nuevo punto de partida. Si, una vez que hemos agarrado su mano, nos aferramos a ella, estropearemos su objetivo. Una vez que se ha recuperado en tierra firme, es capaz de coger carrerilla y saltar, y esta vez aterrizará sano y salvo en la orilla más lejana.
Es preciso darse cuenta con claridad que el hombre muerto, una vez que ha abandonado su casa carnal, debe a toda costa continuar y completar su viaje antes de que le envuelva la noche del alma. Si le retrasamos indebidamente con llamadas continuas que le pongan en contacto con el plano terrenal, le exponemos al máximo perjuicio que pueda acaecer le, este estado que los ocultistas llamaban Muerte-en-Vida, y que los espiritualistas denominan atadura terrenal.
Normalmente, si se le deja a su suerte, el alma conseguirá tarde o temprano llegar a la orilla más lejana, pero por nuestra parte sí podemos ayudar, y mucho, en ese proceso en la manera ya indicada.

15. COMO SE ENFRENTA EL ADEPTO A LA MUERTE.

Es una máxima del Camino que quienes lo han superado destacan por su serenidad; el Adepto muere como ha vivido, serenamente. La Muerte no implica terrores para el hombre que conoce la actualidad de la reencarnación a través de sus propios recuerdos de vidas pasadas. Ha muerto muchas veces antes y el proceso le resulta familiar. Está acostumbrado a extraer diariamente consciencia del cerebro, y a entrar en el Ser Superior en meditación. Sabe que ahora ha llegado el momento de salir por esa puerta familiar y cerrarla detrás de él, para no regresar. En el transcurso de largos años de disciplina en el Camino hacia la iniciación, el adepto ha ido acumulando un tesoro en el cielo; está acostumbrado a pensar en sí mismo en un espíritu, y no como un cuerpo físico; para él el cuerpo no es más que un puesto de observación que se ha construido para sí mismo en el plano terrenal.
Sabe que la llamada de retirada le ha llegado por una de las dos razones siguientes: su cuerpo físico ya no es una máquina útil, y es mejor y más barato desecharlo y conseguirse uno nuevo que pertrechar lo que ya no merece la pena arreglar. O también puede ser que haya terminado su tarea en la tierra y sea reclamado más arriba. Acepta la muerte libremente y sin cavilaciones, ya que sabe que si no fuera el mandato de su Maestro el que le llamase, todos los poderes de la Muerte y del Infierno no podrían conseguir sacarle de su habitación carnal.
Mientras aguarda los procesos del cuerpo que le abrirán las puertas, se hunde aún más en la meditación, intentando destilar la esencia de las experiencias de la vida: observando las lecciones que ésta le presenta, tomando nota de las que ha aprendido y de las que se conocen aun insuficientemente, y luchando con un esfuerzo ímprobo por completar la realización de esas lecciones antes de que llegue el momento de su marcha. Pronto sabrá si ha terminado su tarea o si está destinado a regresar de nuevo a la tierra para acabar su trabajo.
Si descubre que la vida terrenal no ha terminado aún para él, y que ha de regresar, dedicará toda su energía a la tarea de construir el arquetipo del molde etérico que ha de dar forma a su cuerpo y dirigir su destino para cuando vuelva de nuevo a la tierra; se empeña en grabar en la semilla-átomo la memoria de los Misterios en los que se ha iniciado, rodeándola así con esas «nubes de gloria» con las que se corona al alma

cuando vuelve a cruzar de nuevo esas puertas que, cuando se ven desde arriba, son las puertas del nacimiento, y cuando se ven desde abajo son las Puertas de la Muerte.
De una manera clara y persistente formula su ideal de manera que su alma, cuando avance, esté dirigida hacia su meta, y no deambule inútilmente por el otro mundo. Sabe que dentro de un ciclo de tres vidas tiene una voluntad completamente libre. Si esta vida ha dado los frutos de un esfuerzo pasado, entonces puede contar dentro de una certidumbre razonable con que en la vida futura verán logrados sus propósitos. Tan pronto como se dé cuenta de que se afloja su amarra con esta vida, el adepto se encuentra preparado para la vida siguiente.
Para el adepto no existe la separación de los que ama; hace mucho que ha aprendido a amar la esencia espiritual de cada alma, y cuando se afloja la cuerda de plata y se rompe el cuenco de oro sabe que significa que se bajan las barreras que le separan de una unión perfecta de aquello que ama en cada uno de aquellos seres que le son queridos. Qué es mejor, ¿estar en contacto físico con aquellos cuyas almas están lejos de nosotros por falta de simpatía, o mantener una unión espiritual de simpatía y comprensión perfectas con el real, inmoral, e indestructible Ser Superior de alguien que nos sea querido? La primera es la separación auténtica, no la última. Aquellos que tienen una consciencia superior pueden comunicarse juntos independientemente del cuerpo mientras que están todavía en esta vida terrenal, y la muerte sólo viene a incrementar su facultad de comunicación. Se encuentran mucho más cerca uno del otro espiritualmente cuando ya no hay barreras erigidas por las limitaciones del cuerpo.
Cuando le llega el momento de partir, el adepto llama a su lado a aquellos a quien más quiere, para que le ayuden en su partida y le acompañen durante los primeros estadios de su viaje. Aquellos que pueden estar presentes le rodean; los que no pueden, llegan hasta él en una proyección astral, y los que le han precedido por las grandes Puertas también son llamados para que puedan regresar y esperarle en el umbral.
Se cierne el Círculo Mágico sobre él, sellado en los cuatro cuadrantes con los Nombres de los cuatro poderosos Arcángeles, y se queman velas a los pies y en la cabecera. Silenciosos, se sientan todos en meditación mientras el moribundo camina una vez más por el Camino de la separación, el camino de la visión-símbolo que tantas veces ha seguido cuando se elevaba en los planos. Mientras se retira, las Puertas se abren suavemente para que pase, y los que están mirando ven en la visión-espíritu la llegada del Poderoso que viene a recibirle, el Arcángel de su Orden; brilla una luz sobre la cama como el último rayo del sol poniente que refulge por debajo de una nube, claramente visible incluso para el ojo físico, y el alma del adepto no se ha ido.
Es la promesa de los Misterios para sus iniciados que cruzarán las Puertas de la Muerte con conciencia plena, y que serán recibidos por el Gran Iniciador. También es el privilegio de aquellos sus hermanos que acompañan al iniciado en su último viaje que ellos, también, permanecerán en el umbral y verán el más allá para contemplar por sí mismos el camino que habrán de seguir cuando les llegue su momento.

Fin.